
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LOS OJOS DE LA GORGONA
CURTIS GARLAND

La mitología griega habla de un monstruo femenino, llamado Gorgona. Hesíodo, en cambio, habla de tres Gorgonas. La más conocida de ellas era Medusa. Cada una de las Gorgonas tenía el extraño y terrible poder de convertir en piedra todo lo que mirase, aunque fuese un ser vivo.

Su fealdad era horrible, sus cabellos estaban formados por haces de venenosas serpientes, y sus ojos resultaban aterradores. Según esa misma leyenda, Perseo mató a la Gorgona, cortándole su terrorífica cabeza.

Pero hay quien asegura que la Gorgona ha existido después, por alguna misteriosa razón.



Curtis Garland

Los ojos de la Gorgona

Bolsilibros: Selección Terror - 201

ePub r1.0
Titivillus 18.12.17

Título original: *Los ojos de la Gorgona*
Curtis Garland, 1977
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

La mitología griega habla de un monstruo femenino, llamado Gorgona. Hesíodo, en cambio, habla de tres Gorgonas. La más conocida de ellas era Medusa. Cada una de las Gorgonas tenía el extraño y terrible poder de convertir en piedra todo lo que mirase, aunque fuese un ser vivo.

Su fealdad era horrible, sus cabellos estaban formados por haces de venenosas serpientes, y sus ojos resultaban aterradores. Según esa misma leyenda, Perseo mató a la Gorgona, cortándole su terrorífica cabeza.

Pero hay quien asegura que la Gorgona ha existido después, por alguna misteriosa razón…

PRÓLOGO

AQUEL otoño, Londres se mostraba particularmente inhóspito y frío, No era solamente la niebla, habitual en las riberas del Támesis. Era también la baja temperatura, el elevado grado de humedad y las frecuentes, prolongadas e incómodas lloviznas, que a veces se alargaban semanas enteras, dejando convertida la capital inglesa en un lugar triste, grisáceo, aburrido y poco hospitalario.

Pero había personas a quienes esas ingratas circunstancias climáticas les traía perfectamente sin cuidado. Personas acomodadas, habitualmente en recintos cerrados y confortables, provistos de ropas elegantes, desde las bien cortadas levitas y los macferlanes impecables, hasta las capas y los sombreros de alta copa, propios de aristócratas más o menos decadentes. Aristócratas como el joven Guy Faversham, que acostumbraba a vestir con la mayor elegancia posible, con las mejores ropas de los primeros sastres de Pall Mall o del Strand, y casi inevitablemente acomodado en su carruaje de dos caballos, conducido por un postillón experto, sobre las calles empedradas, de superficie charolada por la lluvia y la densa niebla que parecía adherirse al pavimento como un cuerpo reptante y viscoso.

Guy Faversham era hombre habituado a arrostrar la inclemencia de las noches de Londres, y rara vez sentía frío o incomodidad en ellas, quizá porque consumía su tiempo entre teatros, cantinas, burdeles y sitios parecidos, en una alocada carrera por divertirse lo más posible, derrochando dinero, satisfaciendo caprichos y sin preocuparse demasiado por la miseria que, habitualmente, invadía las calles del Londres Victoriano de finales de siglo.

Aquella noche, pese a sus factores adversos, no podía, por tanto, significar nada especial para Guy Faversham Y tampoco para sus habituales amigos de francachela, jóvenes tan disolutos y libertinos como él mismo, quizá porque eran de parecida condición social y

muy idéntica catadura moral.

Eran exactamente cuatro aquella noche. Habían empezado pronto la velada, en la fiesta de la muy honorable *lady* Vivían Tarleton. Saborearon allí los canapés, el champaña seco o el excelente oporto, antes de salir en bandada, riendo jovialmente, burlándose de los viejos y no menos viejas damas de la mejor sociedad londinense, o pellizcando atrevidamente las nalgas de las más jóvenes damiselas de esa misma sociedad, que protestaban o se escandalizaban en apariencia, llenas de represiones por dentro, como cualquier sofisticado personaje del literato de moda, el cínico y agresivo Oscar Wilde.

Ése fue solamente el principio de la noche. Después, habían elegido fácilmente su itinerario. Éste se constituyó a partir del Teatro Lírico, en Shaftesbury, donde Guy conocía a una joven bailarina del *ballet* de temporada, llamada Ilona. Después, cansados del espectáculo, siguieron su marcha noctámbula, rumbo a peores y más atrevidos lugares de Londres.

De ese modo llegaron a Soho. Guy era allí el amo. Todas las meretrices del barrio le conocían. Y él a ellas. Quizá por eso sus opulentos encantos femeninos no le importaban demasiado. Tenía muy vistos aquellos pechos abultados o aquellas caderas agresivas, mercancía de indudable éxito en los callejones y esquinas del distrito más libertino de la ciudad.

Quizá por eso eligió un nuevo lugar, recién inaugurado en las cercanías de Greek Street. Y, de acuerdo con el nombre de la calle, el empresario había dejado quizá volar un poco su imaginación, y había puesto al negocio un extraño y curioso nombre, también relacionado con la nomenclatura de la calle en que estaba emplazado: «Jardín de las Hespérides[1]».

Guy y sus tres amigos, una vez dentro, se vieron inmersos en una especie de ambiente griego bastante falso y sofisticado, que pretendía justificar, posiblemente, el nombre del local y el lugar de Soho donde se hallaba. A los cuatro alegres jóvenes poco podía importarles eso. Iban en busca de diversión, y eso era todo. Allí había chicas con túnicas a lo griego, y poco menos debajo. Muchas de ellas se despojaban prestamente de esas prendas, compitiendo en desnudez con los campos paganos de la mitología.

Y allí, precisamente allí, en el Jardín de las Hespérides, Guy

Faversham conoció a la muchacha de los cabellos color de miel.

Era una joven muy bella. Guy pensó que era bellísima. Y, además, llena de atractivos físicos. No la había visto antes de esa noche ni creía recordarla de cosa alguna. Sin embargo, se sintió inmediatamente ganado por ella, por su presencia. Además de su rostro seductor, poseía una figura escultural, a la que se adhería el blanco tejido de su túnica, moldeando curvas turbadoras y siluetando unas piernas largas y prodigiosamente torneadas, unas suaves, pero remarcadas, caderas, una breve cintura y unos senos enhiestos y virginales.

Los ojos de Guy chispearon. También los de sus amigos. Había una rara codicia, una serie de deseos turbios en aquellas miradas. Pero todos ellos sabían, o creían saber, que sus apetitos no serían difíciles de satisfacer, puesto que las chicas de los garitos como el Jardín de las Hespérides, de la Greek Street, de Soho, eran siempre fáciles, mujeres públicas, cuya única diferencia entre ellas estribaba habitualmente en el precio.

—Vaya, creo que encontré a mi chica —dijo jovialmente Guy—. Esa preciosidad es mía, muchachos.

—Oh, eso no está bien —se quejó Hurd, uno de sus amigos—. No es justo, Guy. Todos la hemos visto al mismo tiempo…

—Pero yo la elegí —replicó el joven Faversham, riendo—. ¿Algo que objetar?

—Si —refunfuñó disgustado Henry, otro del grupo—. Todos tenemos igual derecho, ¿no te parece, Guy?

—Es posible que tengas razón, aunque fui el primero en verla —aceptó Guy Faversham, displicente—. Pero haremos una cosa: nos la jugaremos, ¿conforme?

—Conforme —aceptó, rápido, Hurd—. Que la suerte decida. Con un par de dados. El que saque el punto más alto, gana. Y la chica es para él. ¿De acuerdo, Guy?

—De acuerdo. —Guy rió, mirando a los demás—. ¿Y vosotros, qué decís?

—Está bien —dijo Henry, encogiéndose de hombros—. Cualquier cosa será mejor que dejarte a ti el campo sin luchar…

—Adelante —convino finalmente Austin, el último de ellos—. Pero no valen los dos seises, ¿conforme?

—Conforme —admitió Guy, tomando un juego de dados del

mostrador del lujoso burdel—. Ni tampoco el doble as. Ganan once. Pierden tres. ¿Vale?

Asintieron todos. Comenzó la partida, en silencio. Austin pronto quedó fuera, al salirle dos unos. Luego, empataron Guy, Henry y Hurd, al salirles igual cifra, un ocho, con dos cuatro o un tres y un cinco. El desempate eliminó a Henry. Hurd y Guy se quedaron solos al final, ante la decepción de sus dos amigos. Hubo dos empates a seis. Luego, un empate a diez. Y, finalmente, Hurd sacó un esperanzador nueve… que batió Guy con dos cincos.

Ganador absoluto, el joven Faversham se burló de sus amigos y echó a andar en busca de la chica de cabellos color de miel. La encargada del local le dijo que no estaba disponible, pero que volvería en menos de diez minutos.

A la pregunta de Guy Faversham sobre su nombre, fue escueta: sólo sabía que se llamaba Meth. Y, en efecto, era nueva. Su primer día en el negocio. No, no estaba con ningún otro cliente. Había subido a la planta alta por motivos personales. Eso era todo.

—Meth… —se dijo entre dientes Guy—. Extraño nombre…

Y esperó, fumando un cigarrillo sujeto a su larga boquilla de ámbar y plata. Solamente media hora después, ya cansado de esperar, insistió sobre su deseo de ver a Meth. La patrona se ausentó. Regresó, pidiendo calma a Guy. Él se irritó. Insistió en su idea. Un nuevo viaje de la dueña a la planta alta fue absolutamente negativo. Al regresar, su respuesta dejó defraudado y furioso a Guy Faversham:

—Lo siento. Meth está indispuesta. Ya no bajará. No la espere.

Guy quiso escandalizar. Se le invitó cortésmente a salir. Y obedeció, ante los guardaespaldas, fornidos y rudos, del Jardín de las Hespérides. Sus amigos, riendo, le rodearon en la calle, invadida por la espesa niebla y la pertinaz y fría lluvia.

—Vaya, te felicito —se mofó Hurd—. ¿De qué te ha servido esta noche tu buena fortuna?

—¿Por qué no formó parte la chica de la partida de dados? —terció, sarcástico, Austin—. Parece que ella también tenía algo que decir al respecto, ¿no, Guy?

Las risas llenaron la calle, desierta y brumosa en aquellas horas de la madrugada. Guy Faversham, harto de beber y de esperar, se sintió molesto. Se encaró con ellos, enarbolando su bastón de

madera negra, lacada.

—¡Hato de estúpidos! ¡Esa chica va a ser mía esta noche! —aulló —. Os lo juro. Es más: será también de vosotros. De *todos* nosotros, ¿entendido? Le guste o no, es una vulgar ramera profesional. ¡Y cuando Guy Faversham desea algo, siempre lo consigue!

—Guy, si esa chica se queda a dormir allí, ¿cómo esperas lograr nada? Están cerrando ya el local… —señaló Henry, disgustado.

—Las empleadas nunca se quedan a dormir allí, yo lo sé. La muchacha de los cabellos color de miel saldrá de allí, estoy seguro —afirmó Guy rotundamente—. Esperaos aquí. Le daremos una buena recepción. ¡Y vendrá con nosotros, quiera o no… al lugar donde yo deseo!

Rápido, detuvo un carruaje. Entregó al cochero un billete de diez guineas, y el hombre afirmó, entusiasmado, estar dispuesto a lo que fuese por tan generosa propina. Se detuvo el vehículo en una esquina, un poco más allá. Luego, Guy dio rápidas instrucciones a sus amigos. Los otros asintieron, obedeciendo cuanto les decía. Apostados en la calle sinuosa, mal alumbrada y con el empedrado húmedo y sucio, aguardaron…

Cosa de media hora después, comenzaron a salir las muchachas del Jardín de las Hespérides. Algunas de ellas eran esperadas en las aceras, bajo las farolas de gas, por individuos jóvenes, de aspecto dudoso, la mayoría miembros del hampa londinense.

Pero Meth, la chica de cabellos color de miel, salió sola. Nadie la esperaba. Una capa azul, de forro escarlata, envolvía el cuerpo hermoso y esbelto de la joven. Flotaba airosamente en torno a su silueta llamativa y seductora. Un leve, rápido taconeo, sobre el empedrado negro, espejeante y húmedo, la aproximaba a ellos, de forma inexorable.

Al parecer, la infortunada Meth poco podía imaginarse la artera encerrona que los cuatro libertinos jóvenes de la *high society* londinense habían preparado para ella…

Y de ese modo, sus pasos breves y ligeros, la condujeron a una vil emboscada, que terminó con gritos ahogados, jadeos y forcejeos vanos, un manto oscuro como envoltura y un rápido viaje posterior en carruaje, conducida a alguna lejana parte del oscuro Londres Victoriano, prisionera de sus cuatro degenerados raptores…

—¿Visteis? —rió de buen grado Guy Faversham, mientras la

muchacha se agitaba todavía, envuelta en aquel manto y en las ligaduras, en un rincón del carruaje—. No hay nada tan sencillo cuando yo deseo conseguir algo… Esta estúpida va a arrepentirse muy pronto de haberme desafiado con su comportamiento… Claro que renunció a un amor… ¡y va a conocer cuatro, le gusten o no!

Una común carcajada, soez y malévola, acogió el cínico comentario del disoluto joven. En su rincón, la muchacha aún forcejeaba, estérilmente, intentando liberarse.

Poco más tarde, en alguna parte de Londres, el incidente nocturno tendría su trágico final imprevisible…

El carruaje se detuvo ante el edificio en sombras. Alrededor, la bruma formaba como una masa gris, tangible, enroscándose en torno a las piernas de los jóvenes, lo mismo que alrededor de las altas ruedas del vehículo y las patas de los caballos.

Al fondo, una luz macilenta trazaba un cerco amarillo en la niebla. El aire era húmedo y maloliente. El suelo apareció fangoso bajo el lustroso calzado de los hombres.

—Ya llegamos —dijo Guy Faversham, con una sonrisa—. Excelente sitio, ¿eh, amigos? Sólo nosotros, la niebla y posiblemente algunos murciélagos en el viejo caserón abandonado. Eso será todo.

—¿Caserón abandonado? —Uno de sus compañeros miró aprensivamente la maciza forma sombría que se alzaba ante ellos, con los muros desconchados por la humedad, los postigos de madera encajados y la puerta herméticamente cerrada—. Diablo, tiene todas las trazas de tener hasta fantasmas, Guy…

—Si acaso, los fantasmas de mis conquistas rebeldes —soltó una carcajada el joven aristócrata—. Aquí han terminado sus forcejeos muchas jovencitas que luchaban por defender su virtud. Es un sitio ideal. Pueden gritar, pedir auxilio toda la noche… y nadie acude a sus llamadas. El río está en la parte de atrás del edificio. Aquí delante, ya lo veis: callejones solitarios, fábricas, un almacén de pieles, un matadero de cerdos y un solar lleno de desperdicios. Es todo lo que nos rodea. No hay una miserable rata humana que se aventure por aquí. Y quien lo hace, tiene sobrados motivos para huir cuando oye gritos, y no para acudir a ayudar a nadie…

—Un momento, Guy —terció uno de sus camaradas, con aire incómodo—. ¿No se dijo que una chica se suicidó una noche en el río, arrojándose desde cierto edificio de esta zona? También me

dijeron que te habían interrogado a ti en relación con esa muerte, pero no se pudo probar que fueses tú quien trajo aquí a la doncella, ultrajándola y provocando luego su desesperada acción…

—Mi querido Austin, estás diciendo tonterías —cortó el joven Faversham con aspereza, clavando sus fríos ojos en su amigo—. Yo no tuve nada que ver en ese suicidio. La prueba evidente es que me soltaron enseguida, pidiéndome toda clase de disculpas. La desdichada debió tener alguna aventura miserable y, avergonzada luego de su debilidad, se tiró al Támesis. Acostumbra a suceder en las adolescentes de cierta condición social…

—Aquella chica era dueña de un puesto en el mercado de Blackfriars —recordó Hurd, ceñudo—. Yo también oí hablar, del asunto, Guy…, y me juraron que fue cosa tuya.

—¡Al diablo con vosotros! —Se enfureció Guy—. ¿Esto qué es? ¿Una noche alegre y divertida, o un juicio sumarísimo? Tenemos ahí la casa. Mi querida casa vieja, vacía y olvidada, donde nadie nos molestará esta noche, haga lo que haga nuestra poco complaciente amiguita Meth… ¿Vamos a seguir hablando de tonterías, o entramos ahí con la muchacha?

Hurd, Austin y Henry se miraron entre sí pensativos. Luego, contemplaron el fardo humano que Guy sacaba del coche, ayudado por el postillón. Lo depositaron en el umbral del caserón solitario, erguido en aquel punto del río. Guy Faversham buscó en sus bolsillos una llave, que poco después entraba en la cerradura. Chirrió ésta, enmohecida. La puerta cedió con un largo, lastimoso gemido de bisagras mal engrasadas. Tenía cierto curioso parecido con el chirrido de la tapa de un ataúd al abrirse…

Entraron con la cautiva. Al reaparecer ambos hombres, ya sin su humana carga, Guy entregó unos billetes al cochero, que murmuró algo entre dientes, con tono de gratitud, y subió al carruaje, poniéndose éste en marcha, y perdiéndose pronto en la noche, como si la niebla engullera a aquel negro y siniestro carruaje, dejando completamente solos a los cuatro jóvenes, en la acera mojada, justo ante el muro sombrío del edificio.

—¿Y bien? ¿Preferís volver a pie al centro? —rió sardónico Faversham—. ¿O quizá vais a pasear por los alrededores, mientras yo me ocupo de mi bella invitada? Os advierto que por aquí hay tipos que degollarían a su propia madre por una guinea. Si os ven

así, bien vestidos y con aire de personas de alta sociedad, es posible que no duréis ni diez minutos en este barrio.

—Aun suponiendo que entremos ahí… —masculló Hurd, nada convencido, señalando la casona lúgubre—. ¿Cuándo saldremos, de regreso a nuestras casas? Esto está muy alejado del centro de Londres, para cubrir la distancia a pie…

—No os preocupéis. El cochero tiene instrucciones mías. Volverá aquí dentro de cuatro horas, aproximadamente. Es suficiente para lo que pretendemos, ¿no os parece? Tengo ahí dentro unas botellas de *whisky* y de ginebra. Nos ayudarán a pasar el rato… si es que la bella Meth no basta para ello. ¿Adelante, amigos?

—¡Qué diablos! —farfulló Henry—. ¿No estamos ya aquí? Adelante, Guy. Yo voy contigo. Sería una tontería haberse embarcado en esto, para luego quedarse en tierra…

Hurd y Austin cambiaron una mirada. Finalmente, terminaron por asentir ambos.

—De acuerdo. Henry tiene razón —admitió Austin—. Vamos allá. Después de todo, puede ser una alegre velada… La chica lo merece, no hay duda. Sería de necios despreciar algo así.

—Me alegra que penséis sensatamente —rió Guy, abriendo la marcha hacia el caserón—. Dentro de cinco minutos comenzaremos la diversión. Para que no me acuséis de ventajista, haremos un sorteo. Por riguroso turno de los números sacados en el sorteo, gozaremos de los encantos de esa seductora criatura…

El juego les entusiasmó. Todo escrúpulo estaba ya olvidado. Dentro del caserón, a la luz de dos quinqués, se hizo el sorteo. Resultó agraciado Henry con el número uno, Austin con el dos, Guy con el tres, y Hurd con el cuatro y último. La primera botella de *whisky* fue descorchada.

Guy Faversham despojó de la caperuza a la secuestrada. Todos contemplaron, absortos, su belleza. Henry, tembloroso de deseos y de nerviosismo, estaba algo pálido. Tomó un doble trago de *whisky* para animarse. Caminó luego hacia la cautiva, que le contempló con ojos temerosos, enormemente abiertos. Lentamente, las manos de Henry iban desabotonando su camisa…

Los demás contemplaban la escena con avidez insana, con un turbio afán morboso en sus gestos, en sus brillantes miradas, en el entrecortado jadeo de su respiración…

Luego, Henry se decidió. Cayó sobre la muchacha. Sus manos impacientes desgarraron las ropas de seda y satén, los encajes y terciopelos de la indumentaria de Meth, la chica profesional que iba a ser ultrajada como una doncella.

Después…

Un cuádruple alarido de horror conmovió la enorme, vacía y lúgubre casona. Pero nadie acudiría en aquel sórdido barrio a los gritos de espanto, de incredulidad y de agonía de cuatro hombres enfrentados a un horror sin límites…

Guy Faversham tuvo razón. Allí nadie se molestaba por nada. En la casa abandonada no se aventuraría persona alguna para saber lo que sucedía, o por qué se gritaba.

Luego… los gritos enmudecieron. Un silencio aterrador cayó sobre la vacía mansión. Una sombra pareció flotar en los grises muros rezumantes de humedad, desplazándose lentamente hacia la salida. Una capa cubrió unos hombros, la caperuza de esa capa cayó sobre unos cabellos revueltos, qué parecían bailotear como algo vivo, quizá por el simple juego de luz y sombra de los quinqués…

Unos pasos suaves, furtivos, se alejaron hacia la puerta de la casa. Chirrió ésta, lúgubremente. Ahora, como un ataúd que se cerrase. Una forma humana se perdió en la niebla, en el silencio y en la oscuridad de la noche…

Dentro de la casa, cuatro hombres, cuatro cuerpos humanos, parecían formar una galería fantástica de figuras de cera.

Eran cuatro seres inmóviles. Petrificados. Cuatro figuras rígidas, en pie. Cuatro rostros céreos, crispados por el más violento terror imaginable. Sus ojos casi escapaban de sus órbitas, despavoridos…

—Muertos. Están muertos los cuatro, superintendente…

—Lo sé, doctor Felding. Pero eso no es todo.

—No, no es todo —convino el forense, sacudiendo la cabeza con perplejidad—. Esos rostros… Parece como si se hubieran petrificado al ver algo ante sí… Algo demasiado horrible para ser real… Y no sólo fueron sus caras, sus gestos…, sino ellos mismos, todo su cuerpo a la vez.

—¿Usted diría que han muerto… violentamente? —carraspeó el superintendente Chapman, de Scotland Yard.

—No. Yo diría que han muerto… de miedo, señor. Sé que no es un término demasiado científico, pero… no encuentro otro.

—De miedo… —Se estremeció el policía, frotándose el mentón y contemplando las cuatro rígidas estatuas humanas que en ese momento eran cargadas silenciosamente en una pesada ambulancia tirada por cuatro caballos—. Un ser humano puede morir de miedo, pero cuatro a la vez… me parece totalmente imposible, doctor.

—Yo sé que es imposible —admitió el médico forense sombríamente—. Pero esos hombres no tienen señal alguna de violencia. Por supuesto que haremos la autopsia a todos ellos, y eso quizá nos aclare algo, superintendente. Sin embargo, es posible que el caso siga siendo un perfecto misterio…

—Y precisamente con cuatro miembros de la mejor sociedad inglesa, como eran Guy Faversham y sus tres amigos… —se quejó el policía—. Ya me veo en la picota por culpa de todo esto…, a menos que podamos decir a la Prensa y a la gente que fue lo que provocó la muerte de todos ellos en este extraño lugar…

—Sobre lo que pudo provocarlo, lo ignoro, señor —suspiró el médico—. Pero hay algo que resulta obvio: fuese cual fuese el motivo, esos cuatro muchachos se quedaron totalmente paralizados. Se detuvieron sus corazones, su cerebro dejó de funcionar… Su rigidez resulta tan extraña, la frialdad y dureza de su piel es tal… que parece como si se hubiesen convertido en piedra, superintendente…

Primera parte

EL NUEVO DOCTOR

Capítulo primero

EL relámpago, en el cielo, pareció desgarrar éste en dos negras mitades, mientras el áspero paisaje se bañaba en una luz lívida, que reveló la torrencial lluvia que batía la región desde hacía más de dos horas.

—¡Peste de tiempo! —se quejó plañideramente el cochero, azuzando a sus caballos, para que acelerasen su carrera sobre el abrupto sendero encharcado, y no se dejaran impresionar por el aparato eléctrico de la tormenta—. Menos mal que ya estamos llegando a nuestro destino, señor…

Su único viajero, sentado atrás, bajo el toldo charolado por el agua, del negro carruaje de caballos, se limitó a asentir con un gruñido, dirigiendo una ojeada pesimista al escenario del temporal, encendido de nuevo por la cruda y cárdena claridad de otra descarga eléctrica.

Ciertamente, no se podía esperar peor recibimiento que aquél para un forastero que desconocía absolutamente todo sobre la región a la que acababa de llegar.

—¿Siempre son así los inviernos en este lugar? —se interesó el recién llegado.

—¡Oh, no! —rió el cochero, azuzando a los caballos con su fusta —. Otras veces nieva copiosamente. O están las tierras inundadas. O corre un frío cierzo que corta la piel y pone escalofríos en los que se arriesgan a salir a la intemperie. Así es esta región, señor. ¿No se lo contaron antes de venir?

—Me dijeron que era desagradable y poco acogedor, pero eso fue todo. No me aclararon más. Ahora empiezo a entender su laconismo. No se atrevían a detallarlo demasiado, por si me negaba a venir…

—¿Podía usted negarse?

—Claro, éste es un cargo voluntario. Podía haberme quedado en

Londres.

—¿Por qué diablos no lo hizo? —refunfuñó el conductor del carruaje, sorprendido.

—Hay diversas razones para eso —rió de buen grado el pasajero —. Entre otras, que no soy rico. Tenía una consulta en Londres, pero no tenía clientela suficiente para pagar la cuenta del gas y de la casa. Un anuncio me ofreció el puesto de médico rural en Sunderland. Las condiciones económicas no son malas del todo, al menos comparadas con lo que tenía yo en la capital. Me han pagado tres meses anticipados, y dispongo de un alojamiento subvencionado en un sesenta por ciento de su importe, en la misma residencia que ocupó mi antecesor el doctor Laverick. ¿Por qué iba a negarme a venir?

—Sí, todo eso, contado así en un anuncio o en una oficina de colocación, allá en Londres, no suena mal —admitió el viejo y filosófico cochero de rostro abotargado, mejillas rojizas y bigotes de morsa—. Pero aquí es diferente, señor. Muy diferente, créame. ¿Sabe dónde debe alojarse, exactamente?

—Eso no lo detallaba el contrato que firmé —admitió el viajero, fijando sus oscuros ojos en el conductor del carruaje, pensativo, mientras sobre el toldo negro golpeaba rabiosamente la lluvia, y las ruedas y cascos se percibían en un chapoteo constante sobre el barrizal y los charcos del irregular sendero—. Pero allí garantizaban un hogar tranquilo, una casa apacible, un servicio amable y correcto, un desayuno y dos comidas hogareñas, y todas las atenciones propias del caso, «en el mejor ambiente familiar», repitiendo una de las frases allí especificadas.

—¡Oh, eso sí! —admitió el cochero, sacudiendo afirmativamente la cabeza—. Encontrará todo eso en el Parador del Ciervo, esté seguro.

—¿El Parador del Ciervo? —repitió el joven médico, perplejo.

—Eso dije. Es el nombre de la fonda familiar adonde le llevo ahora. Allí vivió el pobre doctor Laverick hasta su extraña muerte… No tema, porque la señora Doolittle y su sobrina, Lorne, le atenderán solícitamente en todo momento. Pero…

Calló, dejando su frase en el aire. Simultáneamente, otro relámpago rasgó la noche, con un destello cegador y agrio, y la lluvia pareció arreciar, mientras el estampido del trueno ensordecía

a cochero y pasajero simultáneamente provocando además el claro pánico de los caballos, a punto de desmandarse.

Si no se desbocaron, tras un brusco encabritamiento, fue porque con mano firme y segura el postillón frenó su impulso, conduciéndoles diestramente por el sendero, a través de la inclemente noche.

—Pero… ¿qué? —quiso saber el viajero, tras el silencio forzoso.

—Bueno, nada… —De repente, el cochero mostróse raramente evasivo—. Muchas veces dice la gente de este lugar que hablo demasiado. Y quizá tengan No puedo permanecer callado un momento, maldita sea. Es mejor que lo que haya de conocer, lo conozca usted por sí mismo y no por chismorreos míos.

—De sus palabras parecen desprenderse ciertas reticencias respecto a ese parador…

—¿Reticencias? Oh, no, señor, no lo crea… Mantengo una buena amistad con la señora Doolittle y con su sobrina Lorna. Ellas son excelentes personas créame. Le harán la vida muy agradable, mientras resida en Sunderland… Especialmente, tratándose de un hombre joven, como lo es usted…

Carraspeó, interrumpiéndose, como si hubiera vuelto a hablar de más, o cuando menos, él pensara así. El viajero le miró reflexivo, y le disparo una rápida pregunta irónica:

—¿Es que la edad tiene algo que ver en el trato que uno pueda recibir en Sunderland, amigo mío?

—Bueno, no, no es eso, exactamente —el conductor del carruaje sacudió la cabeza de un lado a otro, como arrepentido de lo que dijera tan ligeramente—. Lo que ocurre es que en estos lugares están hartos de ver gente vieja. Gente como el difunto doctor Laverick, pongamos por caso… Aquí, casi todo el mundo es demasiado mayor. No hay juventud… ¿Qué haría un joven, después de todo, en una región tan triste, tan desolada y sin trabajo? Sólo encontrará usted viejos pescadores, labriegos cansados, mujeres ajadas por el salitre y el yodo del mar, hombres silenciosos y de edad madura, deambulando de cantina en cantina… y un clima hosco, frío, húmedo y triste, la mayor parte del año… No hay trabajos de porvenir, no hay horizontes para los jóvenes, y éstos emigran de aquí… Queda alguno, como el joven lord Galway, pero ¿de qué sirven los enfermizos y decadentes aristócratas que no

sirven para otra cosa que para vegetar penosamente, y morir de cualquier hemorragia repentina, ya que quien no está tuberculoso, padece esa enfermedad que ustedes, los médicos, llaman hemofilia, o cosa parecida?

—Entiendo —suspiró el joven viajero—. Hemofílicos, tuberculosos, aristócratas decadentes, pescadores viejos… Un hermoso ambiente el que me espera aquí, no hay duda. Usted pinta muy bien cierta clase de cuadros, amigo. Empiezo a sentir aprensión incluso de pisar el suelo de Sunderland…

—Yo que usted renunciaría a ese contrato y me volvería a Londres —suspiró el cochero—. ¡Aquello sí que debe ser vida… aunque uno no tenga un maldito chelín con el que comprar un emparedado o una cerveza!

—Bueno, eso son cosas relativas —convino el joven, sonriente—. Yo pienso igual…, pero sólo cuando llevo en el bolsillo un buen puñado de libras para gastar. Pero si no tengo ni ese pobre chelín, mis ánimos descienden considerablemente. Esas libras me vinieron de Sunderland y a Sunderland y su gente me debo ahora. Un médico rural nunca debe desertar. Es una bonita frase, ¿no? Me la enseñaron en el hospital donde trabajé de interino en Londres cuando les dije que venía a ocupar este puesto…

—Oh, desde allí es fácil decir frases hermosas. Pero yo no me fiaría de ellas, estando aquí. Y si no, mire lo que le sucedió a su antecesor, el pobre doctor Laverick…

El carruaje dobló una curva del sendero, en medio de un torrente de agua, mientras las chispas eléctricas cruzaban el cielo en un zigzagueo infernal, estremecedor. El joven médico se inclinó hacia el postillón, sin importarle lo más mínimo lo que ocurría en torno al vehículo.

—¿Qué es lo que le sucedió? —quiso saber abruptamente.

Otra vez, sin duda alguna, el cochero se había pasado en sus comentarios. Ahora, tras un silencio incómodo, se limitó a manifestar con acritud:

—Oh, ya tendrá ocasión de saber cosas del viejo y buen doctor Laverick… Él…, él fue víctima de un accidente… Mala suerte, ¿sabe? Sí, seguro que era eso solamente: mala suerte. En estas tierras, la suerte, buena o mala, acostumbra a tener mucha influencia en la vida de las personas.

No añadió más. En realidad, no parecía querer añadir más, y el joven médico no insistió, conformándose con esa ambigua y nada convincente explicación. Después de todo, y a través de la lluvia y de la oscuridad de la inclemente noche, empezaban a verse brillar allá delante unas luces. Eran débiles, difusas y escasas. El viajero no pensó que correspondiesen a la población propiamente dicha, pero cuando menos, sí a sus suburbios. El carruaje bailoteó sobre unos charcos, entre peñascos y barrizales, justo cuando el cochero avisaba con voz ronca:

—¡Eh, mire ahí…! Ya estamos en el Parador del Ciervo… Ahora sí puedo decirle: bienvenido a casa, doctor…

El joven médico londinense reveló un gesto escéptico, más bien pesimista, en su rostro enérgico y viril, sacudió la cabeza y comentó entre dientes:

—Gracias… suponiendo que, realmente, sea bienvenido.

Poco después, el vehículo detenía su rodar bajo un porche, a cuyo límite caía la lluvia en forma de espesa cortina, y a cubierto de su inclemencia, el forastero saltaba a tierra, notando cómo sus botas lustrosas se hundían en agua y barro, justo ante las vidrieras emplomadas, color amarillo, de un edificio en cuyo interior brillaban luces de petróleo o de gas. Encima de su cabeza chirriaba lastimosamente un indicador de hierro forjado, colgado de dos oscilantes cadenas, con el nombre del establecimiento: «Parador del Ciervo. Sunderland».

Más allá, casi presintió la presencia de la población, encaramada a los riscos del Mar del Norte, recibiendo el azote de los vientos y de los oleajes de la embravecida mar nocturna, en una auténtica noche de todos los diablos.

Pero allí, el mar y su litoral eran solamente un vago recuerdo inmediato, con fuerte aroma a yodo y salitre. Entró rápidamente en el local, tras tomar su valija de negra piel, sacudiendo el agua que había empapado su macferlán y sus pantalones en ese breve espacio de tiempo.

Un clima grato, acogedor y cálido, con olor a leña quemada y ruido de chisporroteo de llamas en los leños, allá en una chimenea hogareña, le acogió bajo el artesonado techo.

—Gracias a Dios… —murmuró entre dientes, quitándose su sombrero de copa alta, negro como su macferlán.

Y se dejó caer, agotado, en un asiento de madera, justo frente al hogar, calentando en el fuego crepitante sus ateridas manos.

El cochero, tras recoger las monedas que su viajero le abonara, se asomó a la puerta del establecimiento y le deseó con voz tonante, agitando su recia mano en gesto de cordialidad:

—¡Quede con Dios, doctor, y feliz estancia entre nosotros! ¡Se lo desea de corazón el viejo Smugler!

Y poco después, el carruaje rodaba de nuevo, alejándose del Parador del Ciervo, en dirección a alguna parte, a través de la lluvia y de la oscuridad. El viaje había terminado para el nuevo médico rural de Sunderland. Primero el ferrocarril, largo y agotador desde Londres hasta aquellas regiones norteñas y desoladas de Inglaterra, no lejos de las tierras fronterizas de Escocia. Y, finalmente, el trayecto desde la alejada estación hasta el centro mismo de la población de Sunderland, población de cierta importancia ya, sobre todo por su vida pesquera y sus factorías de salazones, asomada a los riscos y acantilados del Mar del Norte, fosco y duro, en especial en noches como éstas, en que la borrasca se enseñoreaba de los litorales de la región.

Acababa de llegar el joven doctor a su nuevo destino, y ya empezaba a sentirse arrepentido de haber aceptado semejante plaza. Luego, el recuerdo de las dificultades financieras en su consulta de Londres le hizo olvidar los posibles problemas que le ofrecía un clima tan duro e inhóspito a un médico rural, para pensar que la cosa estaba hecha ya, para bien o para mal, y era demasiado tarde para volver la vista atrás y arrepentirse de nada.

Además, entonces conoció a Lorna Doolittle.

Y, ciertamente, Lorna fue para él uno de los primeros factores positivos en aquel viaje y en aquella nueva residencia.

—Buenas noches, señor. ¿Es usted, quizás, el nuevo doctor de Sunderland?

Alzó primero la cabeza, dejando de frotar sus húmedas y frías manos ante el fuego. Luego, fue toda su alta esbelta figura la que se alzó del asiento, como disparada por un resorte, ante la presencia de la joven dama.

—Oh, buenas noches… —saludó, algo confuso—. Sí… Yo soy el doctor Carter. Clay Carter, doctor en Medicina y Cirugía de la Facultad de Londres, señorita…

—Lorna. Lorna Doolittle —sonrió ella, acercándose con una graciosa inclinación cortés de bienvenida—. Mala noche ha tenido en su llegada. Habrá sacado mala impresión de la hospitalidad de Sunderland, al menos en lo que al clima se refiere. Y ahora, ahí solo, sin ser atendido aún por nadie… Lamentable, doctor. Debo excusarme. Tía Arlene tiene hoy mucho trabajo en el establo, intentando evitar que el agua lo inunde totalmente, echando a perder mercancías allí almacenadas. Y yo, que debía cuidar del negocio, estaba en la parte de arriba, cambiándome de ropa. Solamente en cruzar a la tienda del señor Scroog, me puse perdida, y tuve que quitarme los vestidos, realmente empapados. Es una noche de perros. Pero ¿qué hago ahora aquí, hablando y hablando? Deme su macferlán, doctor. Y su sombrero. También sus guantes, por favor… ¿Quiere subir a su habitación y cambiar su calzado mojado por otro seco? Mientras tanto, puedo prepararle una cena caliente y apetitosa. Ah, y tenemos un vino tinto tan excelente como nuestra cerveza. ¿Qué prefiere para cenar?

—Vino —suspiró el joven médico, mirando a la muchacha, gratamente sorprendido por su facilidad de palabra y su simpatía—. Creo que su calorcillo lo agradecerá mi estómago esta noche mucho más que la cerveza.

—Personalmente opino que hace bien —admitió ella, recogiendo su valija y las prendas de ropa—. El bueno del doctor Laverick era más aficionado a la cerveza…, pero demasiadas veces la tomaba mezclada con *brandy*. Creo que eso le mató.

—Creí que había sufrido un accidente… —comentó el joven médico, echando a andar tras de la joven Lorna Doolittle.

—Bueno, ésa fue la causa directa de su muerte. Pero nunca hubiera sufrido tal accidente, de ir sereno a sus visitas. Al menos, eso es lo que dijo el doctor Korvac…

—¿El doctor Korvac? —se sorprendió Clay Carter, deteniéndose ante el pequeño mostrador de recepción, donde la joven tomaba ya una llave, la número tres—. ¿Pero es que hay otro médico en Sunderland? Tenía entendido que no…

—Oh, no es eso —rió suavemente la joven, volviendo hacia él sus ojos luminosos, color
azul-gris,
y dando a su boca un trazo delicioso con su sonrisa—. El doctor

Korvac no es doctor en Medicina, que yo sepa. Y si lo es, no lo ha admitido nunca.

—Pero tiene el título de doctor, por lo que veo…

—Eso sí. En su casa aparece bien claramente expuesto en una placa de metal: doctor Laszlo Korvac.

—¿Extranjero?

—Europeo. Eslavo, dicen. Es un hombre extraño, pero muy amable. Es doctor en Ciencias. No me pregunte qué clase de Ciencias, porque mi ignorancia sobre el tema es absoluta. Pero según he oído decir es físico, químico y cosas por el estilo. Tiene un establecimiento en el lado norte de la población, cerca ya de los acantilados, en la parte que nosotros llamamos el Bosque Petrificado. Y no es que haya habido allí nunca bosque alguno, me anticipo a su pregunta. Sencillamente, las rocas adquieren formas raras, caprichosas, en torno a la casa del doctor Korvac. En las noches de luna aparecen auténticos árboles y matorrales petrificados por una lava misteriosa o alguna extraña y vieja maldición, eso es todo. Como ve, la imaginación de las gentes de Sunderland hace todo lo posible para evitarnos una vida monótona y aburrida. Aun así, no siempre lo consiguen.

Abrió la marcha escaleras arriba, hacia el piso alto, único de la casa, sobre la planta baja. Por las vidrieras emplomadas de las ventanas penetraban los fulgores zigzagueantes del rayo, muchas veces acompañados por el bramido del trueno. A la joven Lorna no parecía afectarle gran cosa. Estaba habituada a todo ello, no había duda.

Examinó ciáticamente el joven doctor Carter la figura de la muchacha, caminando ante sí. Era esbelta, bien formada; podía admirar la suave curva de sus caderas y la no menos suave pero prominente de unas nalgas jóvenes y firmes, bajo la falda color magenta claro. Los tobillos eran finos y delgados. El inicio de la pantorrilla, bien torneado.

Poco después estaba en su habitación, donde Lorna depositó todas sus pertenencias y le hizo un breve saludo cordial.

—Es su habitación, doctor —dijo—. Antes, fue la del pobre doctor Laverick, pero todo se ha limpiado y cambiado adecuadamente. Se la damos, porque es la mejor de la casa. Dentro de un cuarto de hora puede bajar al comedor. Tendrá una sopa

caliente de pescado, *pudding* también de pescado y puré de patata, pan tierno y vino tinto.

—Ya me ha abierto el apetito sólo con mencionar todo eso —rió el joven médico—. No tardaré en bajar, señorita Doolittle.

—No, no. Llámeme solamente Lorna, si vamos a ser amigos, doctor Carter. ¿De acuerdo?

—De acuerdo… Lorna.

La joven cerró la puerta tras de sí, dejándole solo. Clay Carter miró alrededor las limpias y pulcras paredes, los viejos muebles sin polvo, el aire hogareño de cuanto le rodeaba. Se sintió a gusto.

Fue a la ventana. La abrió para mirar al exterior, pese a la lluvia torrencial y al fulgor de las chispas eléctricas. Descubrió un sector de calle empinada, allá abajo, edificios en sombras, salpicados de escasas luces en alguna que otra ventana, el agua corriendo a torrentes por los laterales del empedrado pavimento, y allá abajo, el chirriante bailoteo de la muestra del parador, agitada por el viento marítimo, salobre y frío.

Iba a cerrar ya, cuando un nuevo relámpago, más fuerte que los anteriores, bañó en luz cárdena toda la panorámica que descubría desde su ventana.

Asombrado, descubrió allá en la calle la figura del hombre, erguida frente al parador, el rostro lívido, alzado hacia la altura, mirando hacia la casa, hacia su ventana…

Era un rostro pavoroso, crispado y extraño, de ojos desorbitados, que le contemplaban como si surgieran de un mundo de pesadilla. Un brazo del desagradable personaje alzóse hacia él, en ademán violento, como en un anatema.

Un nuevo relámpago reveló su faz convulsa, demacrada como la de un cadáver, la mirada de odio y de infinita maldad de aquellos enormes ojos redondos que parecían salir de sus órbitas, cuando la voz restalló en la calle, sobreponiéndose incluso al fragor de un trueno y al rumor intenso de la lluvia torrencial:

—¡La Muerte te señala con su dedo descarnado, maldito intruso! ¡Nadie vivirá, después de permanecer en esa habitación y de pisar este lugar! ¡Estás condenado, y nada ni nadie impedirá que mueras entre horribles sufrimientos! ¡Morirás como murió el otro intruso que ocupó esa misma habitación maldita!…

Una larga, hueca carcajada, subrayó sus extrañas palabras, y un

nuevo trallazo de luz lívida desgarró los cielos, llenando de claridades fantasmales la calle de Sunderland.

No había nadie.

El hombre del rostro cadavérico y las palabras delirantes y sin sentido había desaparecido sin dejar rastro.

Preocupado, Clay Carter cerró la ventana, preguntándose quién podía ser aquel individuo y qué sentido podían tener sus amenazadoras frases.

Cuando descendió al comedor para cenar, había perdido parte de su apetito inicial, aunque la sopa caliente, con sabor a pescado fresco, y el *pudding* también de pescado —aquél parecía el alimento tradicional de las regiones pesqueras del Norte—, así como el rojo vino transparente y delicioso, le devolvieron pronto gran parte del mismo.

Pero no podía olvidar al hombre de la calle. Y así, cuando Lorna, solícita, le sirvió un té con limón, para completar la excelente cena, aventuró la pregunta que tanto le intrigaba:

—Lorna, ¿quién puede ser un hombre alto, vestido de oscuro, con el rostro muy pálido y los ojos desorbitados, que grita cosas de loco por la calle, en plena noche y bajo la lluvia?

—Oh… ¿Es que ya lo ha visto? —La joven hostelera le miró sorprendida, y su habitual cordialidad y expresión risueña parecieron alterarse un momento. La taza de té tembló en su mano ligeramente. Luego, la puso ante él, encogiéndose de hombros con aparente indiferencia—. Debí advertirle sobre él, para que no se preocupase demasiado. Como usted ha dicho muy bien…, grita cosas de loco. Porque está loco. Es un pobre anormal, doctor Carter. No debe hacerle mucho caso. Nadie se lo hace aquí.

—Habló de… de una habitación maldita. Y de otro intruso que murió como yo voy a morir. Me pareció entender que podía referirse a… al doctor Laverick, Lorna.

—Bueno, quizá sea así —ella se encogió de hombros otra vez, como si tuviera mucho interés en que el incidente no cobrase mayor significado—. Odia a los forasteros. Cree que todo el que no es de Sunderland, es algo así como un enviado del diablo o poco menos. Muchos han pedido que ese infeliz sea recluido en algún establecimiento para enfermos mentales, pero no hay ninguno en la región, y el Condado no quiere gastarse un solo chelín en una

persona inofensiva que no hace daño a nadie y se limita a vociferar tonterías. Últimamente, alguien sugirió que el alcalde, el señor Fox, se ocupara de recluir al pobre Wheeler… Wheeler es su nombre, ¿sabe…? Y quien mejor podía recluirlo era el doctor Korvac. Pero éste se negó en redondo, aun subvencionando el Ayuntamiento su manutención y gastos…

—Un momento. —Clay dejó de dar vueltas con la cucharilla a su té—. ¿Por qué habría de ocuparse el doctor Korvac de la reclusión de un enfermo mental? Él no es médico, y menos aún psiquiatra… ni supongo que su casa sea un establecimiento para alienados…

—Bueno… Verá, doctor Carter… —Lorna se sentó frente a él en su mesa, y sus cabellos dorados cobraron un tono más encendido, al ser aureolados por las llamas alegres de la chimenea—. Lo cierto es que… en casa del doctor Korvac existen animales para experimentación. Biología, o algo así, creo que lo llaman.

—¿Biología? —Enarcó las cejas Clay—. Vaya, eso es más complejo que la Física y la Química, Lorna. Es una ciencia aún en embrión prácticamente, aunque sin duda llegará a ser algo fundamental en los futuros conocimientos científicos del hombre. ¿Qué tiene que ver, sin embargo, la Biología… con la reclusión de un alienado en casa del doctor Korvac, como pretendía la gente de Sunderland?

—Es que… no sería la primera persona que él tiene allí recluida a su cuidado, doctor.

—¿No? —El asombro del joven médico iba en aumento—. No logro entender todo eso que me cuenta, amiga mía. Legalmente, el doctor no puede atender clínicamente a ningún enfermo, y menos aún a personas alienadas, no teniendo título de doctor en Medicina o en Psiquiatría.

—Es que son recluidos muy especiales, entiéndalo. Nadie puede oponerse a que el doctor Korvac tenga una especie de… de pensión o alojamiento en el que voluntariamente una serie de personas se alojan, como clientes o huéspedes suyos, con un determinado objeto.

—¿Qué objeto, Lorna? —insistió el joven médico rural.

—El estudio de su biología personal, para recibir un tratamiento adecuado que rejuvenezca sus células envejecidas o enfermas. Todos esos huéspedes o pacientes tienen fe ciega en sus métodos de

rejuvenecimiento y curación de males nerviosos o psíquicos. De ahí la idea propuesta al doctor Korvac, que él rechazó de plano, alegando que su casa era como un sanatorio y no un asilo de chiflados. Podía ayudar a sanar a gente que padece algunas manías, histerismos y complejos. Podía hacer rejuvenecer paulatinamente a personas prematuramente envejecidas o agotadas. Pero no era un loquero ni un celador de anormales. Además, dijo que eso hundiría su prestigio para siempre.

—Todo eso es muy interesante… Rejuvenecimiento, curaciones psíquicas… —Clay Carter llenó de tabaco su pipa, la encendió, pensativo, y se quedó meditando, con la mirada perdida en el fuego de los leños, a espaldas de Lorna Doolittle—. ¿No se tratará de un hábil embaucador, amiga mía?

—Pudiera ser. Pero no da esa impresión… La propia *lady* Galway cree en él de un modo ciego…

—¿*Lady* Galway? ¿La anciana madre de lord Galway? —indagó el médico.

—La misma. ¿Los conoce, acaso?

—El cochero, Smugler, me habló de ellos… Dice que es un joven enfermizo el tal lord Galway…

—Sí, como casi todos los de su condición social. La madre le tiene esclavizado en su suntuosa residencia… Cree que este clima le hará bien, pero el joven Lord cada día está más descolorido y triste. Ella, *lady* Galway, cuando llegó aquí, apenas si podía moverse. Actualmente camina con firmeza y parece realmente bastante más joven…

—La magia científica del doctor Korvac —dijo, irónico, Carter—. ¿Y por qué no lleva a su hijo a tan milagroso tratamiento?

—Lord Galway no quiere. Para él, Korvac es un farsante. Un curandero o algo peor, Una vez, llegó a pelear con él en público, en la cantina de Judy, no lejos de aquí… Ah, por cierto, no se le ocurra ir mucho por esa cantina.

—¿Por qué no?

—Judy terminaría acostándose con usted, como con todos —rió Lorna con un desparpajo que sorprendió a Clay, habituado al puritanismo de las muchachas londinenses de su edad—. Es una verdadera devoradora de hombres. Pero eso, a los hombres, parece gustarles… Bueno, le decía que allí pelearon lord Galway y el

doctor Korvac, un sábado por la noche. El joven aristócrata llegó a llamarle embaucador y decirle que le sacaba indignamente el dinero a su anciana madre. Luego, abofeteó con su guante al doctor.

—¿Y… qué hizo él?

—Callar. Se tragó sus palabras, y se tragó insultos y bofetón. Abandonó la cantina sin replicar el joven ni aceptar su desafío. Hay quien dice que lo hizo por no perder una cliente como su madre. Otros opinan que hubiera podido despedazar al muchacho, de haberlo querido, y optó por evitarlo. Ciertamente, el doctor Korvac es muy fuerte, muy vigoroso… y va armado.

—¿Armado? ¿Con revólver?

—No. Lleva un bastón de madera negra. En realidad, es un estoque en su funda. Una vez mató a un salteador nocturno con él, salvándose de ser robado y golpeado…

—Curioso personaje el tal doctor Laszlo Korvac… —reflexionó Carter entre dientes, exhalando el humo de su pipa bien encendida —. Sí, muy curioso…

En ese momento, de la calle llegó un alarido de terror y de angustia. Un grito que helaba la sangre en las venas, Lorna Doolittle palideció intensamente. El doctor Carter se puso en pie de un salto, y corrió hacia la puerta de la calle.

Capítulo II

LA lluvia había disminuido un tanto, y ya no se veían relámpagos en el negro celaje sobre Sunderland y la costa del Mar del Norte. Sin embargo, persistía el viento, húmedo y frío, invadiendo de olores salobres las calles empinadas de la población, y haciendo bailotear la macilenta llama de gas de las escasas farolas de alumbrado que salpicaban las solitarias esquinas.

Al abrir la puerta del parador, Clay Carter esperaba encontrarse con cualquier cosa poco agradable, pero nunca con una mujer tan hermosa… y tan aterrorizada.

Así como Lorna era una joven atractiva, llena de simpatía y de feminidad, pero de suaves modales y figura esbelta, esta otra mujer contrastaba con ella en la agresividad de sus formas, rotundas y llamativas, pero sin llegar nunca a un exceso, ni en sus caderas, ni en sus nalgas y pechos. Poseía generosamente de todo ello, aunque armoniosamente dispuesto por la Madre Naturaleza.

Era de cabellos oscuros, largos y sedosos, ahora brillantes por gotas de agua de lluvia, y se envolvía en un manto o capa verde crujiente, clavando sus dilatados ojos, grandes y muy bellos, en la oscuridad situada a espaldas de la más cercana esquina, allí adonde no lograba llegar la claridad azulada de la farola de gas más próxima.

Era como si hubiera visto la cosa más espeluznante, más aterradora imaginable. Le temblaban los carnosos labios, y su brazo extendido, desnudo bajo la verde capa, señalaba, vacilante, hacia las sombras. Su mano enguantada tenía un ostensible temblor.

—Fue… fue allí… —sollozó con voz rota, casi inaudible—. Allí, Dios mío…

—Cálmese, querida —se apresuró a alentarla Lorna, tomándola por los hombros afectuosamente—. Vamos, cálmese y trate de explicarse mejor, se lo ruego… Él es el doctor Carter, el nuevo

médico de Sunderland… Él podrá atenderla, esté segura… ¿Qué es lo que ha visto realmente, señorita Foster? ¿Por qué está tan asustada?

—Es… es horrible… —gimió la llamada señorita Foster—. Lo he visto… Lo he visto allí, señorita Doolittle… Tan claramente cómo les veo a ustedes ahora…

—¿Qué ha visto? —quiso saber Carter, con tono enérgico—. ¿Algo amenazador? ¿Un enemigo?

—Algo… algo espantoso… Algo que no tiene nombre… —Casi sollozó, sacudiendo su morena cabeza patéticamente—. Oh, cielos, si hubieran podido verlo ustedes… Pero estaba allí… y tiene que seguir aquí, estoy segura…

Carter la miró, preguntándose dónde empezaba el histerismo y dónde terminaba la impresión real recibida, Pero permaneciendo allí, no resolvía nada. Tomó la farola de kerosene que colgaba de la fachada del parador, dando claridad a la muestra de chirriante metal, y se encaminó con ella a la oscuridad. A su espalda, la voz de la joven le avisó:

—¡No vaya usted! ¡No se acerque!…

Carter estaba dispuesto a ir y acercarse. Fuese lo que fuese, no podía resultar tan terrible como para provocar ese sobresalto, ese tremendo *shock* en la bella desconocida. Bailoteaba el farol en su mano, a impulsos de las ráfagas de viento marino que barrían la calle. Lo protegió con su brazo izquierdo, y llegó, con larga zancada, al lugar señalado.

Se detuvo en una zona de profundas sombras. Elevó el farol. Dio una vuelta completa sobre sí mismo, iluminando así un amplio trecho de calle con la luz de kerosene.

No había nada ni nadie.

Todo aparecía vacío a su alrededor.

—¡Vacío! ¡No, Dios mío, no es posible! ¡No pudo marcharse después! ¡Tenía que estar allí!

En silencio, el doctor Carter inyectó a la joven en su brazo. Ella casi ni hizo gesto alguno de dolor o sobresalto. El constable Garfield contemplaba la escena sin hablar. Luego, su mirada pensativa se cruzó con la de Clay.

Éste sacudió la cabeza, dando a entender así su desconocimiento real del asunto. Luego, habló suavemente a la joven señorita Foster,

tocando con dulzura su hombro, desnudo bajo la verde, empapada capa que le habían quitado, mientras ella, aterida, temblaba de frío y de terror en el comedor del Parador del Ciervo.

—Cálmese —dijo Clay—. Ese sedante hará pronto su efecto, y dormirá usted tranquila por esta noche… Mañana, más serena, nos podrá contar lo que vio.

—¡Me está tomando por una loca, doctor! —gimió ella, exasperada, alzando hacia él unos ojos patéticamente abiertos—. ¡Le juro que no miento, que no imagino cosas! ¡Tienen que creerme o me volveré realmente loca!

—Claro que la creemos —terció el constable Garfield, la autoridad en Sunderland—. Pero no está ahora en condiciones de excitarse más. El doctor tiene razón. Puede quedarse esta noche en el parador, en vez de ir a casa del señor Devereux. Él comprenderá…

—No, no —musitó ella, repentinamente sobresaltada por alguna otra razón—. El señor Devereux nos tiene dadas órdenes muy concretas. No podemos faltar de noche… Además, allí me atenderán debidamente, no lo dude, constable…

El doctor Carter buscó ahora con la mirada a Lorna. También su tía, Arlene Doolittle, había entrado en escena, atraída por el revuelo. Era una afable señora inglesa, de mejillas sonrosadas, ojos azules y cabello canoso, que contemplaba todo aquello con asombro.

—Si no quiere que la atendamos nosotras, señorita Foster… —terció Lorna, entendiendo el mensaje mudo de Carter—. Pero estaría mejor aquí que en casa del señor Devereux. Aunque sean allí cuatro mujeres, es sólo un lugar de trabajo, no un hogar donde cuiden de usted.

—Les estoy muy agradecida —susurró ella, incorporándose—. Pero prefiero ir allí, entiéndanlo. El señor Devereux es… es un poco raro en lo relativo a las condiciones de trabajo y alojamiento que hemos aceptado al contratarnos con él. Será mejor así, no lo duden, Pero lo que vi en la calle… Dios mío, ¿dónde puede estar ahora?

—Serénese un poco más, antes de ir a casa del señor Devereux, según sus deseos —habló ahora el constable con tono algo seco, abriendo su bloc de apuntes—. Y cuénteme, se lo ruego. Cuénteme lo que vio, con la mayor exactitud posible. Hasta ahora, sólo nos ha

dicho que era algo espantoso, sin concretar más, aunque el doctor Carter no halló cosa alguna. No podemos descartar que… lo que fuese, se haya marchado de allí.

—¿Marcharse de allí? —Ella le miró como si fuese el constable Garfield quien estuviera rematadamente loco—. ¡Imposible! ¿Es que no se da cuenta? ¡No puedo creer que un hombre con los ojos fuera de las órbitas, con la boca torcida, la lengua fuera, los cabellos erizados, el cuerpo rígido y sin vida… haya podido marchar a ninguna parte!

—¿Eso es lo que vio? —preguntó suavemente Clay Carter—. ¿Un cadáver… o lo que parecía ser un cadáver?

—Sí, Dios mío… ¡El más horrible cadáver que jamás pudo nadie imaginar, doctor! ¡Porque ese hombre, además de su terrorífico aspecto, además de no parecer siquiera humano, tal era la desfiguración de su rostro… parecía petrificado, su carne CONVERTIDA EN PIEDRA! ¡La piel era tirante, dura, grisácea…! ¡Y pude reconocerlo, pese a todo!

—¿Quién era, señorita Foster? —preguntó el constable, con curiosidad, mirándola lleno de asombro.

—Ese feo y desagradable señor Zarov… El ayudante del doctor Korvac…

—¿Zarov? ¿Sergei Zarov? —El doctor Laszlo Korvac enarcó las cejas, revelando una enorme sorpresa en su ancho, nervudo rostro —. Sí, es cierto. Trabaja para mí.

—¿Puede salir ahora a hablar con nosotros, doctor Korvac? — preguntó el constable Garfield cortésmente.

—Pues… no. No creo que pueda hacerlo.

—¿Por qué no?

—No está en casa. Tiene que volver más tarde. Fue al pueblo a por algunas cosas, y no ha vuelto aún. Imagino que le sorprendió el temporal y prefirió guarecerse en cualquier cantina… Especialmente, en la cantina de Judy —añadió, con un guiño malicioso—. Le gustan las mujeres opulentas, constable.

—Entiendo. —Garfield cambió una mirada con Clay Carter, inmóvil en la penumbra, más atrás de donde la luz del quinqué que portaba el doctor Korvac trazaba su cerco de luz—. ¿Podríamos esperar a su empleado, doctor, mientras charlamos con usted?

—Por supuesto. —Korvac se hizo a un lado, invitándoles a pasar,

frunció el ceño, mirando primero a Garfield con inquietud, y luego a Carter con recelo, y añadió con tono inquieto:

—Pero ¿qué ocurre realmente, constable? ¿Es que a Zarov le ha sucedido algo, se ha metido en algún lío? No logro entender todo esto…

—Doctor Korvac, le presento a nuestro nuevo médico rural, el doctor Carter, de Londres —hizo las presentaciones el policía local —. Doctor Carter, su colega el doctor Korvac.

—Es un placer conocerle —le tendió la mano Clay, con un saludo seco.

—Vaya, doctor Carter, es una sorpresa muy grata ver que envían aquí a un médico joven, sin duda con métodos mucho más al día que los del pobre doctor Laverick… —sonrió ampliamente aquel hombre moreno, cetrino, de cabellos largos y oscuros, de ojos profundos y graves, no muy alto, pero sí singularmente fornido—. De todos modos, nuestro buen constable no ha sido correcto al presentarme. No soy colega suyo. No sé gran cosa de Medicina. Sólo de Ciencias biológicas y químicas, en especial. No soy médico, sino investigador.

—Pero creo que actúa con notables resultados en rejuvenecer a la gente, e incluso sanarla de sus dolencias mentales…

—Bueno, no es tan difícil, doctor Carter, usted lo sabe. La mente no está a veces enferma. Es uno mismo quien cree estarlo, y sus nervios se dejan influenciar por esa autosugestión. Si uno logra vencer la psicosis de la persona, la supuesta enfermedad desaparece, porque nunca existió. Es un procedimiento más bien de persuasión que de terapia real.

—¿Y… el rejuvenecimiento?

—Bah, eso es sólo algo en embrión, por desgracia. Creo estar en el buen camino, a veces alcanzo resultados parcialmente positivos… Si el paciente tiene fe, siempre se logra algo en ése y en todos los terrenos. Hago unos estudios sobre regeneración de células enfermas o gastadas, pero aún no he llegado al final, ni mucho menos. Sigo investigando. Y entretanto, aplico los avances a mis pacientes. No siempre resulta, pero hay casos positivos, y eso me compensa sobradamente de posibles atascos en la marcha de mi labor… Pero dejemos todo esto. ¿Qué ocurre con Sergei? Empieza a preocuparme su tardanza. Y más cuando ustedes vienen

preguntando por él…

—No tenemos evidencia alguna de que realmente le haya sucedido algo, pero… —Garfield suspiró, sacudiendo la cabeza—. Una muchacha medio enloquecida asegura haber visto algo raro esta noche en las calles de Sunderland.

—¿Raro? ¿Qué es ello? —Los ojos de Korvac destellaron.

—Un cadáver. Un cuerpo humano desfigurado por el horror hasta límites de pesadilla. Una visión espantosa. Lo más raro es que el cuerpo estaba petrificado.

—¿Petrificado dice? —Se sobresaltó Korvac—. ¿En qué sentido?

—En el auténtico y exacto de tal palabra —dijo Carter gravemente—. Hecho piedra, en vez de simple carne humana en estado de *rigor mortis*. Grisáceo, endurecido…

—Eso no tiene sentido. ¿No estaría ebria o chiflada la chica?

—Parece que no, doctor Korvac. Su terror era demasiado evidente. Pero eso sí, no logramos hallar rastro alguno de tal cadáver de piedra. Había desaparecido en cosa de segundos.

—Lo dicho. Es un puro disparate. Pero ¿qué tendría que ver conmigo o con Sergei Zarov, mi ayudante?

—Es que ella afirma que él era Sergei Zarov. Hemos venido a comprobarlo. Pero no salimos de dudas todavía.

—No sean necios, por favor. O esa chica se ha reído de ustedes, o en todo esto hay algo absurdo que más tarde se pondrá en claro —rechazó vivamente el científico—. No puedo admitir esa historia, ni creer que Sergei esté muerto, y menos aún convertido en piedra. Esta región está llena de supersticiones y leyendas. ¿Sabía, doctor Carter, que esas rocas que nos rodean las llama la gente El Bosque Petrificado? Y siempre fueron rocas y sólo rocas.

—Lo sé —asintió Carter—. Pero el temporal ha pasado ya. Zarov sigue sin volver. ¿Por qué supone usted que se demora? El camino desde la población está transitable.

—Ese maldito Sergei… —masculló Korvac entre dientes—. Se habrá ido de juerga, el muy estúpido…

—¿Con Judy, la cantinera? —sonrió Carter.

—No sé. Con ella… o con cualquiera de las chicas de ese cerdo de Devereux…

—¿Pierre Devereux? —replicó, rápido, el constable Garfield, parpadeando—. Esas damas son personas honestas, doctor. Trabajan

de modelos de arte para las esculturas y pinturas del señor Devereux…

—¡Tonterías! —Se irritó Korvac, ceñudo—. Devereux podrá ser un artista, pero es también un vividor, un explotador de mujeres. Lo que ha hecho no es montar un estudio de trabajo artístico para publicaciones extranjeras y para obras de arte comercializado, sino instalar cínicamente un elegante burdel que no escandalice a los puritanos de Sunderland.

—¡Doctor! —se escandalizó ahora el policía—. ¡Esas acusaciones son muy graves!

—Sí, doctor Korvac —asintió Carter, mirando pensativo al científico—. Muy graves. ¿Está seguro de que ese Devereux lo que hace es regir un prostíbulo elegante?

—Estoy más que convencido de ello. Si quisiera gastarme treinta o cuarenta guineas en una sola noche, se lo demostraría claramente. Es muy listo el francés ese del diablo…

—Precisamente una de sus… modelos descubrió el cuerpo gris —comentó Carter, seco.

—¿Lo ve? —se exaltó Korvac, con ojos fulgurantes de ira—. ¡Eso lo explica todo, sin lugar a dudas! ¡Esa gente está tratando de buscarse una coartada! ¡Tal vez Sergei fue víctima de alguna encerrona, y ahora esté muerto, realmente! Lo que intentan esas bellas arpías a sueldo de Devereux es desviar las sospechas hacia un cuento chino como ése… ¿Es que la justicia va a tragarse semejante estupidez, Garfield?

El constable no sabía qué decir. Carter lo hizo:

—Creo, doctor Korvac, que hemos averiguado aquí todo cuanto era posible saber por el momento. Avise a la policía si regresa Sergei Zarov. Nosotros… haremos una visita al muy respetable señor Devereux y a sus bellas modelos… Ha sido un placer conocerle. Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, amigo mío. Avísenme ustedes de lo que descubran. Este asunto me interesa mucho más de lo que imaginan —les acompañó a la salida—. Tengo ahora varios huéspedes en esta casa, sometidos al tratamiento de rejuvenecimiento de sus células y la curación de sus males psíquicos. No son muchos, pero necesitan atenciones que yo solo no puedo proporcionarles. Zarov es el encargado de prestarles servicio. Ese torpe no sabe el trastorno que

me causa con sus malditas debilidades…

Carter y el constable abandonaron el caserón que se erguía en la rampa de los acantilados, rodeado por los peñascos verticales, singularmente parecidos, en las sombras nocturnas con un auténtico boscaje petrificado por algún raro fenómeno geológico. Pero, como decía Korvac, todo era simple imaginación de los habitantes de Sunderland.

¿Lo era también la visión fantástica que una joven y supuesta modelo de arte afirmaba haber tenido en plena calle?

La respuesta quizás estaba en el estudio de arte de Fierre Devereux. ¿O era realmente un burdel para personajes ricos del lugar?

—Será mejor que usted visite el estudio de Devereux —habló Clay Carter, cuando hubieron llegado al centro de la población con el carruaje oficial del policía—. No creo que la presencia del médico rural del lugar estuviera muy justificada en esa visita…

—¿Qué hará usted entretanto? —se interesó Garfield—. Creo que puede usted serme muy útil en esta encuesta, aun sin ser policía.

—Es muy amable, Garfield. Si quiere realmente que le ayude, lo haré gustoso, pero ésa es una diligencia que usted debe hacer solo. Trate de indagar si, realmente, las sospechas del doctor Korvac sobre Devereux y su negocio de arte son ciertas. Sepa también si Zarov visitó alguna vez el estudio… si es que puede llegar a saberlo de alguna forma. Asuste a Devereux con la posibilidad de un crimen. Eso puede hacerle perder mucha de su seguridad.

—Así lo haré, doctor. ¿Estará luego en el Parador del Ciervo?

—Allí me encontrará —asintió Carter, bajando del carruaje.

Se alejó el vehículo calle abajo. Clay Carter contempló las luces del parador, brillando mortecinas tras los vidrios emplomados. Tuvo un momento de duda. Luego, inesperadamente, dio media vuelta. Se hundió en las sombras, tras la farola de gas cercana.

Había regresado al lugar donde Doris Foster, una de las bellas modelos de Devereux, había creído ver en tierra un cuerpo gris, aterrador, como tallado en piedra.

Prendió un fósforo. Comenzó a revisar el suelo empedrado, charolado por la lluvia que ya había cesado totalmente. Sólo los desagües dejaban caer goterones que martilleaban sordamente los

negros charcos. De vez en cuando, una ráfaga de aire salobre agitaba sus ropas y Cabellos. Y apagaba el fósforo, obligándole a encender otro y seguir rastreando el suelo empedrado.

De repente, sus ojos se encontraron con algo inesperado, metido en el bordillo de una de las aceras. El fango lo oscurecía, y por eso resultaba difícil de descubrir, si uno no se agachaba lo suficiente. Lo tomó consigo, perplejo.

Era un guante. Un guante rojo oscuro, empapado de agua y barro. Estudió los dedos delgados y largos; la mano estrecha y breve… Era de paño aterciopelado. Un guante de mujer.

Guardó el objeto en su bolsillo, recordando que Doris Foster llevaba capa verde. No se usan guantes rojos con un color así, si se pretende ir elegante. Y Doris parecía serlo.

Elevó sus ojos lentamente, hasta encontrarse con un muro desconchado, con un edificio grande y oscuro, de aspecto destartalado. Debía estar a punto de ser derribado. Listones de madera claveteada se entrecruzaban en puerta y ventanas. Los vidrios aparecían rotos y polvorientos.

Se acercó, paso a paso, a una de las ventanas. Comprobó que un listón colgaba, desclavado. Dejaba una abertura amplia en aquella ventana. Un negro agujero por el que cabía él perfectamente.

Prendió otro fósforo. Se pegó al muro. Asomó la cabeza, antes de saltar al interior.

Quedóse inmóvil. Sobrecogido. Una ráfaga de aire repentino, con fuerte olor a mar, llegó hasta él. Apagó el fósforo de nuevo.

Pero ya no lo necesitaba, para ver lo que había visto dentro del viejo y abandonado caserón.

Ahora sabía que Doris Foster no tuvo alucinación alguna. Acababa de ver el cuerpo. El cadáver gris, rígido, pesado y extraño… Un ser humano sin vida, grisáceo, endurecido, de rostro convulso, de ojos colgando de sus órbitas, de cabellos erizados como los de un puerco espín…

Jamás la Muerte le había ofrecido una imagen tan espantosa, ni siquiera en el depósito de cadáveres de la Facultad de Medicina o sobre la mesa de autopsias…

Luego, una especie de ráfaga helada rozó su cuello, su nuca. Y esta vez no era viento… Tuvo la sensación terrible de que unos ojos diabólicos le miraban desde la oscuridad, taladrando su nuca. Notó

que también a él se le erizaban los cabellos, y un frío sutil reptaba por su espina dorsal.

Se volvió en redondo. Creyó captar, flotando ante él en la sombra, unos increíbles, unos inauditos ojos amarillos, fosforescentes como los de un gato, horriblemente fijos y suspendidos en el vacío…

Pero fue sólo un instante. Luego, algo le golpeó brutalmente. Notó un choque rudo y doloroso en su rostro, y todo se hizo oscuridad. La negrura lo envolvió.

El joven doctor Carter dejó de ver, de oír, de sentir…

Capítulo III

—¿SE encuentra mejor?

—Sí, gracias… —Se incorporó a medias y miró en torno, tratando de recuperar la noción de las cosas. Borrosamente, descubrió cerca de él la afable expresión de la señora Doolittle y la cara atractiva y risueña de su sobrina Lorna, ahora mucho menos jovial que de costumbre.

—¿Cree que debe moverse ya de como está? —se alarmó la señora Arlene Doolittle.

—La ventaja de ser uno el médico es que no tiene que obedecer las órdenes de ningún otro —suspiró Carter, poniéndose en pie. Pero se tambaleó, llevóse las manos al rostro, para no marearse, y a la vez que notaba la ayuda que le prestaba Lorna, notó un intenso dolor en toda su epidermis facial. Apartó las manos, molesto, y siempre con la ayuda de la joven, se acercó a un espejo del comedor del Parador del Ciervo, donde se contempló, asombrado—. ¡Cielos! —jadeó—. ¿Qué me ha ocurrido?

—Parecen quemaduras… —dijo Lorna, asintiendo—. Ya lo he notado antes. Tiene usted la piel irritada, dolorida, como si algo candente le hubiera rozado, quemándole. Por fortuna, no parece profundo, sólo ha sido superficialmente.

—No, pero duele. Quemaduras… ¡Qué extraño! —Sacudió Carter la cabeza. Entornó sus ojos, y se apoyó en una mesa, encontrándose mejor por momentos. Luego, recordó con un estremecimiento lo último que viera antes de perder el conocimiento.

—Oímos un grito ronco en la calle —dijo Lorna ahora—. Debió de ser usted, al caer. Acudimos, iluminando la oscuridad con unos faroles de kerosene, hasta encontrarle junto a la vieja casa en ruinas… ¿Qué hacía por allí?

—La casa en ruinas… —Carter apretó los labios—. Lorna, no sé

si cuando el constable vuelva estará ya allí o habrá vuelto a desaparecer, pero… pero yo también he visto ese cuerpo petrificado, el cadáver gris…

—¡Cielos! —Palideció Lorna—. ¡No es posible!

—Vaya si lo es. Está dentro del caserón. Debieron arrastrarlo, lo ocultaron allí… Y había alguien más que yo en el lugar. Me volví. Sólo vi unos ojos… y caí.

—¿Vio unos ojos… en la oscuridad, doctor? —se extrañó la señora Doolittle.

—Bueno, no sería agradable de explicar —gruñó Clay—. Eran… eran amarillos, fosforescentes…

—¿Algún gato?

—No lo parecía. Eran de alguien de tamaño normal, como cualquiera de nosotros. Un ser humano.

—¡No hay seres humanos con ojos amarillos y luminosos! —Se horrorizó Lorna.

—No. Sólo el diablo —rezongó de mal humor el joven médico, girando ahora la cabeza hacia la ventana. Sonó abajo el rodar de un vehículo, hasta detenerse ante el parador—. Creo que el constable Garfield está ahí. Veremos lo que opina él de todo esto…

—¿Es… es realmente piedra, doctor Carter?

—Lo parece. Pero también parece carne humana… extrañamente endurecida. Como si la superficie toda, la piel, se hubiese convertido en una materia rígida, dura, granítica. Igual que un baño metálico, diría yo.

—Pero no es un baño metálico.

—No, no lo es —contempló Carter el cuerpo increíblemente rígido y duro, situado sobre la mesa de mármol de la pequeña Morgue local. Luego, echó encima la sábana, cubriendo aquel horror indescriptible. Cruzó una mirada con Garfield—. ¿Es Sergei Zarov, seguro?

—Seguro, sí. El doctor Korvac vendrá a identificarlo, pero es él, puedo afirmarlo.

—Parecía joven y refinado, pese a su aspecto horrible de ahora…

—Lo era. Devereux niega que hubiese ido nunca a molestar a sus chicas. Para él… Zarov era un poco… raro.

—Entiendo. Homosexual. Eso explica la cólera de Korvac. Era

algo más que su ayudante… Extraño y desagradable tipo el tal Korvac.

—También Zarov lo era. Pero ¿quién pudo… reducirle a esto?

—No lo sé. Científicamente, no tiene sentido. No parece una enfermedad. Es el gesto de un ser enloquecido por el pánico. Pero si bien el corazón humano puede fallar por el terror y provocar un colapso mortal… ¿qué cosa puede alterar así la naturaleza humana?

—¿Cree que la autopsia revelará algo, doctor? —Se rascó Garfield los cabellos, dominado por la perplejidad, mientras miraba aprensivo aquella forma envuelta en la sábana.

—Confiemos en ello, pero no demasiado —suspiró el joven médico—. Ahora, hábleme de su visita a Devereux. ¿Qué conclusiones sacó?

—Hum… Creo que Korvac será un tipo desagradable, pero no tonto. Sospecho que acertó con el «negocio» de Devereux. Tiene todo como un auténtico estudio de arte, pero me temo que las chicas, sus modelos, son marionetas en sus manos. Hacen lo que él quiere. Están asustadas. Allí trabajan, allí viven… Tienen un horario rígido salen poco… Si es un burdel, debe venir gente de otros sitios, en forma discreta.

—¿Trabajan muchas chicas para él?

—Cuatro. Doris Foster, nuestra testigo. Dos rubias muy llamativas, Ann Waverly y Marsha Gregory, y una pelirroja muy bella. Vicky Dowling… A una la conocía sólo por fotografía. Se trata de esta última, la pelirroja. Vi su retrato en una ocasión, sobre el piano de lord Galway…

—Vaya, ¿nuestro enfermizo aristócrata también hace vida galante?

—A espaldas de su madre —sonrió el constable—. Pero me dijo que la chica era una joven aristócrata de Londres. Me mintió, claro. Es Vicky Dowling. Tal vez es el cuento que ha colocado también a *lady* Galway.

—Sin duda. ¿Sacó algo en limpio del artístico mundo de Pierre Devereux?

—Nada, doctor. Es un tipo taciturno, autoritario y excéntrico. Le disgustan las diligencias policiales. Tampoco le gustó que preguntara a sus modelos… o lo que sean. Quiso estar presente él, pero no lo permití, y eso le disgustó bastante.

—¿Dijeron ellas algo concreto?

—No. Doris Foster descansaba, gracias a su sedante. Las rubias parecían de común acuerdo en hablar sólo de pintura y escultura. En cuanto a Vicky Dowling, se mostraba preocupada por Doris. Decía que no la había visto tan afectada desde que llegó a Sunderland, hace un mes…

—¿Sólo lleva un mes nuestra testigo en esta ciudad?

—Sí. Me dio la impresión de que es una «novata» en todo el sentido de la palabra. No sé si Devereux la explota ya o está iniciándola en ese «arte» que él practica, a la espera de mejores resultados y más profesionales. Eso, suponiendo que sea cierto lo del burdel de lujo, claro está. Devereux sólo habla de modelos, de trabajo artístico y todo eso.

—Vicky Dowling no parece, en cambio, ninguna novata… —reflexionó Carter, pensativo—. Se me está ocurriendo una idea, Garfield…

—¿Cuál, doctor?

—Esta noche es ya muy tarde, pero mañana… puede que tire cuarenta guineas de mis escasos ahorros por la ventana… y visite el «estudio» de Devereux.

—¿Quiere decir que va a pagar una de sus chicas para…, para…?

—Mi querido constable, un hombre no regala cuarenta guineas a cambio de nada —rió entre dientes Clay Carter—. Mi elegida será, sin duda, Vicky Dowling. Me encantan las pelirrojas.

—Pero aun por una suma así… tendrá que saber el medio de llegar hasta el fin de convencer a Devereux, de no despertar sospechas sobre sus intenciones… Tiene que haber una forma de ser introducido al auténtico «negocio» nocturno de Devereux…

—Eso es. Y creo que alguien podría darme lecciones en ese terreno mañana mismo…

—¿Quién, doctor?

—Naturalmente… el joven y galante lord Galway —sonrió enigmáticamente el médico rural de Sunderland—. Le visitaré antes de efectuar la autopsia de este desgraciado…

Lord Galway era un joven que respondía con exactitud a lo que el joven doctor Carter podía esperar de él. La perfecta imagen del aristócrata decadente, enfermizo, dominado por las influencias

maternas, y recluido virtualmente en la dorada jaula de una residencia tan amplia como suntuosa… y sombría.

A pleno día, el sol, entre las nubes y brumas matinales de Sunderland, daba alguna alegría a los amplios jardines, dorando la hojarasca seca, tiñendo de un suave amarillo luminoso los senderos arbolados, o jugueteando en destellos irisados sobre las vidrieras policromadas de las altas ventanas. Pero Clay Carter, al descender del carruaje que alquilara en la población para su uso particular en aquellas primeras semanas de estancia profesional en el lugar, se dijo que por las noches debía de resultar un sitio particularmente sombrío e inquietante. Los alrededores, cuando menos, no podían ser de un cariz más tétrico, con sus boscajes oscuros, sus senderos sinuosos, perdiéndose en la sombra, y los riscos ásperos, en las pendientes y las veredas, permitiendo escasamente que aflorasen entre ellos algunos brezos y matojos agrestes.

Un severo y solemne criado le condujo a presencia del aristócrata, apenas presentó su tarjeta de doctor en Medicina, añadiendo que era el nuevo médico rural de Sunderland. Era obvio que, para la servidumbre, un médico era siempre alguien digno de todo respeto. Menos mal, pensó Carter. Era una de las pocas cosas positivas en aquel lugar, de cuantas hasta entonces observara.

Lord Terence Galway era alto, delgado hasta lo extremo, pálido, enfermizo, de azules ojos tímidos, boca suave y cabello dorado y ondulado, que ahora lucía un poco desgreñadamente. Sobre la camisa de seda con encajes, lucía un costoso chaleco de terciopelo rojo oscuro, con cadena de oro y reloj de bolsillo. Un pantalón ceñido, negro y botas del mismo color, con vueltas color cuero, completaban su indumentaria.

—¿Doctor Carter? —Estrechó la mano del joven médico, pareciendo sorprendido por algo—. Es un verdadero placer recibirle. Era un paciente habitual del doctor Laverick, pero desgraciadamente él dejó de existir… y desde entonces me estuve preguntando siempre quién sería su sucesor, y si me caería realmente simpático…

—La simpatía es algo innato, súbito… o algo que se adquiere con el tiempo —sonrió Clay, correspondiendo al saludo del joven lord—. Pero como médico, le aseguro que trataré de atenderle con igual eficiencia e interés que mi antecesor. Lord Galway, ¿cuál es su

dolencia, exactamente?

—Bueno… jaquecas —se tocó afectadamente las sienes—. Estos horribles dolores de cabeza… A veces también tengo náuseas. Y vómitos, cuando como en exceso. También mi tos me crea problemas…

—Entiendo —le estudió fijamente Carter en silencio. Luego, sonrió, inclinándose—. ¿Quiere que le examine ahora?

—Oh, no, no hay prisa, doctor. Ya hablaremos de paciente a médico en otra ocasión… De todos modos, el doctor Laverick era de una encomiable franqueza. Ya sé que sufro un mal familiar poco menos que incurable. Y sé su nombre exacto. Sin rodeos.

—¿Tuberculosis? —sugirió suavemente Clay.

—Eso es —el joven aristócrata pareció estremecerse—. Pero si fuera eso solo…

—¿Hay más?

—No sé. A veces, creo que también soy un psicópata. Como mamá… —De repente, pareció convencido de que hablaba de más, e hizo un vago, súbito gesto de impaciencia, cambiando radicalmente de tema—: Doctor Carter, ¿le gusta realmente Sunderland?

—Mi primera impresión es horrible —confesó Clay con sinceridad, haciendo reír al joven lord—. La segunda, todavía peor. Confío en irme habituando.

—Habituarse… o morir —dijo irónicamente el rubio muchacho, acompañándole a su *living*, donde aparecía un mobiliario suntuoso y sobrio, una alfombra oscura, unos muros tapizados y un techo de recio artesonado. Y sobre el piano, un retrato con marco. Una mujer. Pelirroja y hermosa. Vicky Dowling, sin duda—. Pase, doctor. ¿Oporto, *whisky*, *brandy*…?

—Brandy, por favor —aceptó Clay con sencillez. Se acomodó en el sofá tapizado de verde oscuro que le señalaba Terence Galway. Miró el retrato—. Es hermosa su novia…

—¿Novia? —Miró hacia ella. Se mostró nervioso, inquieto. Mordió su labio inferior—. No, no es mi novia, doctor. No diga nunca eso delante de mi madre. Odia a esa mujer.

—Pero usted conserva ahí su retrato —indicó Clay curiosamente.

—¡No toleraré que lo toque por nada del mundo! —replicó el

joven aristócrata, airado—. Es un pacto mutuo, doctor.

—¿Un pacto?

—Ella transige con que tenga ahí su retrato. Yo, con que ella se oponga a mi relación personal con la muchacha…

—Entiendo. Es un sacrificio muy duro. ¿No sufre usted?

—Horrores. Un retrato no es más que eso. La amo a ella. Desearía… desearía hacerla mía. Mi amante, mi esposa, lo que fuese. Cualquier cosa menos lo que es ahora…

—He oído hablar de esa dama en Sunderland. Por eso vine a verle —confesó con repentina franqueza Clay, cuando lord Galway ponía ante él la copa de *brandy*. La mano del joven, blanca y marfileña, vaciló, a punto de derramar el licor.

—¿Usted… vino aquí por eso? —boqueó el joven, sorprendido.

—Exacto. Sé que está en el estudio de arte de *monsieur* Devereux…

—¡Estudio de arte! ¡Devereux es un tirano, un explotador! Es un lupanar de lujo. Y Vicky tiene que trabajar allí, o ser perseguida legalmente por ese cerdo. Firmó un contrato. Legalmente, es válido, y él puede encarcelarla si no lo cumple. Pero no hay nada artístico en ese garito. Si usted va, puede acostarse con cualquiera de sus… «modelos», doctor.

—Ya. Incluso con… ella —señaló a Vicky, y el joven enrojeció.

—¡Maldito sea ese bastardo, sí! —jadeó, convulso su pálido rostro—. ¡Oh, si mamá me dejara…! Yo sacaría a esa pobre muchacha de allí, doctor. La llevaría a cualquier lugar, la protegería de Devereux y sus gorilas malditos…

—¿Gorilas? —demandó el doctor Carter, sorprendido.

—Claro. Sus empleados. No son tales, sino matones a sueldo. Aplastarían a cualquier intruso que osara ir allí a mezclarse en los negocios de su amo. Y yo…, yo, por desgracia, no tengo suficiente salud ni fuerza física para intentar nada parecido.

—Está la ley. Está su nombre, su fortuna, su prestigio, lord Galway. ¿Por qué no intentarlo sin violencias? Devereux es un simple aventurero. No resistiría demasiado.

—Sí, quizá. Pero está mi madre…

—Oh, entiendo —le miró tristemente Carter—. Su madre…

—No, no entiende. De acuerdo en que soy el clásico hijo dominado. Pero mamá… Ella es diferente a todas las mujeres.

—Diferente… ¿en qué? ¿Es más fuerte, más dominante… o más cariñosa?

—Más dominante que ninguna otra. Más fuerte. Nada de cariño. Posesión, diría yo. A veces no sé si la amo o la odio. Pero eso sí, la respeto. Y la obedezco. Además… está enferma.

—¿Enferma? —Clay le miraba con interés—. ¿También paciente de mi antecesor?

—No, no. Es algo diferente. Paciente de otro doctor, Korvac. Un especialista extraño. Mitad psiquiatra, mitad curandero. Es investigador. Biología y cosas así. No entiendo mucho de ello, pero atiende la mente y los cuerpos por igual. Mi madre cree rejuvenecer con un método suyo. Tal vez sea verdad, pero yo dudo de esas cosas a la larga. Además, cura sus dolencias mentales. Se le han quitado sus dolores de cabeza, sus crisis nerviosas… Ya no grita exaltada cuando se enfurece conmigo. Ya no destroza objetos y muebles en sus paroxismos… Sí, quizás esté sanando… o la tengan sometida a una especie de letargo. Creo que ese doctor Korvac domina, sugestiona, hipnotiza a sus pacientes… Doctor Carter, ¿usted no podría probar eso de alguna forma?

—No sé. Quizá sí. Depende de muchas cosas. Estudiaré a ese doctor Korvac. Prometo ayudarle, si se presenta la ocasión. Pero antes, debe usted ayudarme a mí en algo… y quizá logremos entre ambos sacar a su amada Vicky Dowling de su encierro…

—¡Cielos! —Le miró, atónito, esperanzado vagamente—. ¿De veras podría usted conseguir que ella…? ¡Un momento, doctor! ¿Quién le dijo que ella se llama Vicky Dowling?

—Lord Galway, voy a contarle algunas cosas que han sucedido en las últimas horas, a mi llegada a Sunderland. Luego, juzgue por sí mismo… —Y Clay Carter, tras tomar un trago de *brandy*, refirió a su joven interlocutor cuanto sabía acerca de Vicky, de Devereux y de los increíbles acontecimientos vividos la noche anterior, que culminaron con el hallazgo del cadáver alucinante de Sergei Zarov, el equívoco ayudante de Korvac.

Lord Galway escuchó fascinado, emocionándose en algunos pasajes del relato y horrorizándose en otros. Pero Carter no podía fiarse demasiado de todo ello. El joven noble era un muchacho harto impresionable y emotivo.

—Horrible… —jadeó al final el joven, abatido, dejándose caer

en un asiento frente a su visitante—. Horrible… e inaudito. ¿Qué…, qué explicación puede haber para todo ese espantoso cúmulo de sucesos?

—No lo sé. Hoy haré la autopsia del cadáver. Quizá mañana pueda decirle algo más concreto, pero no ahora. Aparentemente… Zarov es un cuerpo de piedra, una escultura inerte. Pero yo sé que es sólo un cadáver. Un cadáver gris, petrificado… Algo sin sentido.

—¿Cree…, cree que Vicky puede estar en peligro? —Tembló lord Galway, mirándole angustiado.

—Todo pudiera ser. De momento, una de las chicas de Devereux fue la que sufrió el terrible *shock* de encontrarse el cadáver… que después alguien cambió de emplazamiento para que no fuese hallado tan fácilmente. Y ese testigo tan valioso, Doris Foster, está dentro del supuesto estudio de arte de Devereux. Como Vicky. Me gustaría sacar de allí a las dos y protegerlas de su explotador; Creo que Doris Foster ni siquiera ha debutado en su condición de…, de profesional, al servicio de Devereux.

—Vicky, sí —admitió tristemente lord Galway—. Pero no me importa. No me importa nada. La amo. La quiero a ella, tal como es. Para apartarla de esa vida. Para tenerla junto a mí, para hacerla mi esposa es posible, aunque tenga que renunciar a mi título y a mi fortuna para ello…

—Tal vez no sea necesario tanto sacrificio —le miró Clay Carter con cierto aire de simpatía, casi de compasión—. Hay algo que usted conoce y yo no. Algo que puede ayudarme a intentar rescatar a las muchachas, en beneficio de ellas, de usted y de mí.

—¿Qué es lo que podría yo hacer en su beneficio, doctor Carter?

—Algo muy simple: decirme cómo puedo entrar esta noche en el negocio de Devereux. Sólo eso.

—¿Sólo eso? —Le miró, perplejo—. Pero, doctor, yo… Yo puedo facilitarle ese medio. Sin embargo, están Devereux, sus gorilas…

—Aun así, confíe en mí. ¿Cómo podría abrirme esas puertas, aparte de llevar el dinero necesario para pagar los servicios de las pupilas de Devereux?

—Espere —lord Galway se irguió, caminando solemne hacia el piano. Tomó el retrato de la joven pelirroja, desprendió la parte posterior del mismo, y extrajo un rectángulo rojo, de cartón brillante, con un sello y una firma. Se lo tendió a Clay.

—¿Qué es esto? —demandó el joven médico.

—Su salvoconducto para entrar allí —sonrió tristemente el joven—. Vicky me facilitó uno. Lleva la firma y sello de Devereux. Es la única forma de pasar la entrada. Le pedirán cien guineas. Abónelas. Y podrá elegir. Espero…, espero que no…

—Descuide —sonrió Carter, tomando el cartón, que guardó rápido en el bolsillo de su levita—. No pienso acostarme con ninguna de las chicas. No es ése mi objetivo, se lo aseguro. Confíe en mí. Si existe un medio de salvar a Vicky Dowling de su destino… la salvaremos.

—Dios le ayude, amigo —musitó el joven Terence Galway, justo cuando la puerta del salón se abrió, y una figura majestuosa hizo su irrupción en el mismo con una agria presentación.

—Terence, hijo mío… ¿qué haces hablando aquí con un extraño?

Carter giró la cabeza vivamente. Supo que se hallaba ante *lady* Galway, la autoritaria madre del muchacho Y se encontró con unos ojos helados y penetrantes como dos agujas de acero, muy fijos en él.

Eran unos ojos amarillos, fantásticos y terribles, como los que vislumbraba en la sombra, cuando encontró el horrible cadáver de Sergei Zarov.

Segunda parte

MEDUSA

Capítulo IV

SE tranquilizó rápidamente, tras un brusco sobresalto.

Esta vez, se trataba solamente de un gato. Un hermoso, enorme gato negro, de sedoso pelaje, entre los brazos de *lady* Galway. Eran sus ojos amarillos y burlones los que, malignamente, se fijaban en él. Pero, ciertamente, Clay Carter, estuvo seguro en el acto de que no eran aquellos mismos los ojos que viera en el oscuro callejón de Sunderland la noche antes, cuando algo quemó su rostro, igual que una vaharada maldita, llegada de las entrañas del infierno…

—*Lady* Galway, perdone que me presente —dijo con frialdad Clay, poniéndose en pie de modo inmediato—. Soy el sucesor del doctor Laverick, el nuevo médico rural de Sunderland, doctor Clay Carter. He venido a ponerme a su entera disposición, señora.

—Oh, ¿de modo que es el nuevo médico rural? —Parecía haber un claro desprecio por esa carrera y especialidad, en el tono malévolo de la dama—. Está bien. Sea bienvenido a este lugar. Mi hijo, sin duda, necesitará de sus servicios muy pronto. Yo, no lo creo en absoluto. Mis dolencias son demasiado profundas. Precisan de un especialista, de alguien realmente genial en su profesión, doctor.

—Sí, entiendo —sonrió irónicamente Clay—. Alguien como el doctor Korvac, por ejemplo, ¿no, señora?

Lady Galway le fulminó con la mirada. Pareció darse exacta cuenta de su aire burlón, y ello la irritó en extremo. Hasta el punto de dejar caer en un mueble al gato negro, que exhaló con disgusto un áspero maullido, y escapó vertiginoso, tras dirigir a Clay una malévola mirada, como si sospechase en su fuero interno que aquel intruso era el culpable de sus desdichas.

—El doctor Korvac es un genio —manifestó ella, altiva—. No sólo sana la mente de enfermos incurables hasta ahora, sino que rejuvenece a los seres humanos en proporción increíble. ¿Usted

imaginaría que yo tengo ahora sesenta y nueve años, doctor… er… Carter?

—Sesenta y ocho, mamá —rectificó prestamente su hijo, con timidez.

—¡Son casi sesenta y nueve! —Excitóse ella—. Y ya ve, doctor… ¿Aparento esa edad? ¡Vamos, vamos, responda!

—Está usted joven y fuerte. —Carter examinó con frialdad a la dama canosa, de rostro severo, anguloso y de suave palidez, ojos muy claros y figura recia y vigorosa bajo el sobrio vestido gris oscuro. Luego, añadió mordaz—: Con ciertos cosméticos costosos, un tratamiento adecuado y una alimentación sana, puede lograrse algo parecido. Pero el doctor Korvac asegura que ha logrado regenerar ciertas células y tejidos humanos ya gastados, gracias a sus experimentos secretos. Quizá sea cierto… y obtenga el milagro de la juventud eterna. La felicito sinceramente, *lady* Galway, si es una de las privilegiadas que van a conseguir semejante milagro biológico…

—Guárdese sus ironías, colega —sonó tonante la voz de otro recién llegado, desde la misma puerta por la que entrara la madre del joven lord—. Usted puede dudar de mi palabra y de mis descubrimientos, y no me importa gran cosa. ¡Pero yo probaré al mundo entero cuál es la ciencia auténtica del doctor Korvac!

Al hablar, su tono era enfático, grandilocuente. *Lady* Galway le miraba, absorta, como si fuese un nuevo Mesías llegado al mundo con la misión de redimir para siempre la vejez humana. Lord Galway hizo un gesto expresivo, cambiando una mirada con Clay Carter. Éste, sin vacilar, cortó la verborrea teatral de su «colega» del Bosque Petrificado:

—Doctor Korvac, tendrá que venir esta mañana a la Morgue, para una identificación —dijo escuetamente.

—Para una… ¿qué? —El doctor Korvac se volvió a él sobresaltado.

—Identificación, dije —le replicó Carter secamente, mientras *lady* Galway se volvía hacia él, mirándole con auténtico disgusto. Antes de practicarle la autopsia, doctor, necesito que proceda a identificar un cadáver… Simple formulismo, claro. Garfield y otros habitantes de Sunderland ya lo identificaron… como Sergei Zarov, su ayudante…

El doctor Korvac palideció intensamente. *Lady* Galway murmuró algo entre dientes, con una mirada de horror. Lord Galway se limitó a sonreír débilmente, guiñándole un ojo a su nuevo amigo, el joven doctor Carter…

Korvac abandonó la Morgue mucho más abatido y bastante menos seguro de lo que fuera a la suntuosa mansión de los Galway aquella mañana. Tras contemplar el aspecto terrorífico del que fuera su ayudante y amigo, ya no era el mismo hombre. Evidentemente, la presencia de un cadáver de color grisáceo, rígido y endurecido como si fuese de granito, con la expresión delirante que mostraba el rostro de la víctima de tan extraña muerte, no podía por menos de sobrecoger a cualquiera.

Ahora, a solas con él en la sala desnuda, destinada a autopsias, en la pequeña y sórdida Morgue local, el propio doctor Carter sentíase impresionado, preguntándose si iba en realidad a diseccionar un cadáver humano… o una cosa de rara semejanza con un hombre, pese a su apariencia.

Alrededor de él, las paredes desnudas, las grandes vidrieras polvorientas, asomadas a un lóbrego corredor húmedo, los desconchados de techo y muros, cubiertos de verdor de la humedad, la vecindad de otras dos vacías mesas de mármol, y la presencia inquietante de aquella pesada mole que sólo parecía el remedo o la copia de un ser humano, no eran sino factores para crear un clima de incomodidad, casi de angustia. Por una claraboya, virtualmente tapada por una espesa capa de polvo, un sol nuboso, tras la lluvia y el temporal de la noche anterior, se limitaba a extender por la sala una luz grisácea, más propia de un panteón que de un edificio.

Clay Carter no era impresionable en el desempeño de su misión profesional, sin embargo. Tomó los escalpelos, bisturís, pinzas y demás útiles de autopsia, y se encaminó al cuerpo de Sergei Zarov, preguntándose si no se mellaría el filo de acero sobre lo que parecía exactamente dura piedra gris…

Se detuvo un momento, el escalpelo apuntando a la frente del muerto, para levantarla cuando hubiese cortado la parte frontal. Su mano vaciló un momento. Sus ojos estudiaban, sobre la mascarilla blanca, aquella superficie rígida, grisácea, granulada, como piedra viva. Los ojos desorbitados, los cabellos rígidos, erizados… Notó que el sudor empapaba su frente.

Practicar la autopsia de un cadáver era simple rutina para un médico, pero hincar el bisturí en…, en aquello…

Cerró los ojos un momento. Luego, se decidió. No podía hacer otra cosa.

Clavó la hojita de acero afilado en la frente. Comenzó a cortar, con un chirrido estremecedor y alargado, como si hendiera una costra endurecida.

Luego, de repente… un chillido inhumano brotó de alguna parte, en la desnuda y tétrica sala de autopsias…

¡Y EL CADÁVER PETRIFICADO SE MOVIÓ BAJO SUS MANOS!

El horror sacudió a Clay Carter con un ramalazo escalofriante. Se echó atrás, mudo de espanto, sin atinar siquiera a emitir un grito o una exclamación, mientras de su mano escapaba el escalpelo, fija la mirada en el cadáver allí tendido.

Sergei Zarov estaba muerto. Había estado muerto todo aquel tiempo. Ni funcionaba su corazón, ni había la menor señal de vida en aquel cuerpo. Ahora, al ser herido por el escalpelo de autopsia, aquella forma humana, gris y horrible, cobraba vida nuevamente… ¡y se estaba levantando, pesadamente, de la losa de mármol donde reposara momentos antes!

Los ojos colgantes de sus órbitas se fijaban en Clay como una mirada llegando del otro mundo, como un verdadero paroxismo del horror. Media frente le colgaba, seccionada por el instrumental médico, sin que una sola gota de sangre brotara de su abierta epidermis gris, pese a que se veía con toda claridad el hueso frontal bajo la misma.

Sergei Zarov estaba poniéndose en pie, incorporándose pesadamente, como si su cuerpo todo pesara toneladas, pero animado por un soplo de vida indescriptible, llegado acaso del propio infierno. Otra explicación no cabía en la confusa, aturdida mente del joven médico, mientras retrocedía ante aquella especie de informe masa humana, cuyos movimientos tenían la lentitud y pesadez que hubiese podido tener un bloque de granito empujado por algún mecanismo.

De la figura humana no escapaba sonido alguno. El rostro no se alteraba, el gesto era idéntico. Aparentemente, aquello no tenía vida alguna. Pero entonces… ¿qué era lo que lo movía, inexorablemente,

en dirección al doctor Carter?

Este llego a aferrar un afilado bisturí de su instrumental. Lo empuñó con rabia, dispuesto a utilizarlo como arma defensiva. Luego, lo soltó, diciéndose que era un disparate. Si aquel hombre estaba muerto, no se le podía matar de nuevo. Y si no lo estaba… ¿cómo él, un médico, iba a atentar contra su vida, en vez de intentar salvarla?

—Zarov, escuche… —Logró al fin articular palabra, sin dejar de retroceder ante el horror en movimiento—. Zarov, si conserva entendimiento, inteligencia, lo que sea… trate de entenderme. Soy médico. Soy el doctor Carter. Trato de ayudarle. Creí que estaba usted muerto… Pero si, por la razón que sea, su apariencia no significa muerte real…, no soy su enemigo, sino su aliado, el hombre que puede serle de más ayuda en el mundo… Zarov, escuche, yo…

Trató de tocarle, se acercó a él, resuelto a todo. Jamás debió hacerlo.

El cadáver viviente movió uno de sus brazos. Su idea, evidentemente, si es que había aún ideas dentro de aquella masa gris, era quitarse de encima al médico. Y casi lo logra.

Clay retiró su mano justo a tiempo. El brazo del cadáver le rozó, lanzándole atrás con violencia inusitada, y el médico notó como si le rozara un bloque de granito. Luego, la mano alcanzó el vidrio del armario de instrumental, y éste se desgajó, con sus vidrios y maderas destrozadas por el impacto.

¡El cadáver era, realmente, DE PIEDRA VIVA!

A Clay se le erizaron los cabellos. Aquello era demasiado terrible para frenarlo por medios normales. Repentinamente, un horror se convertía en otro, sin sucesión de continuidad. Zarov era un monstruo. Un perfecto monstruo de un material gris, macizo, poderoso y sólido como la propia piedra. ¿Qué era lo que podía haber provocado aquel inexplicable fenómeno en un ser normal?

Pero el doctor Carter no estaba para perder el tiempo en disquisiciones inútiles. Urgía huir de allí, alejarse del monstruo en movimiento. Lento, pero implacable, el ser de pesadilla se movía hacia él, ganaba terreno, podía incluso arrinconarle de modo irremisible, si no maniobraba con presteza. Clay estaba seguro de que un impacto de aquella mole sobre su cabeza aplastaría ésta

como si fuese un simple fruto maduro.

No cabían intentos de parlamentar o razonar. No con aquello. Se precipitó a la carrera hacia la salida, eludiendo al monstruo. Logró cruzar el umbral, cuando ya la mole alcanzaba su vecindad.

Un momento más tarde, Carter corría pasillo adelante hacia la salida, en busca desesperada de alguna ayuda práctica contra el pavoroso adversario. Y éste, inexorable, seguía tras él. Podía escuchar su torpe, lento caminar, por el suelo embaldosado del corredor.

Cuando Clay Carter alcanzó la salida de la Morgue local, descubrió al constable Garfield enfrente, charlando con un ciudadano de Sunderland. Rápido, Clay le llamó con voz angustiosa:

—¡Garfield, aquí! ¡Venga, por el amor de Dios, es urgente…!

El policía giró la cabeza mirándole asombrado. Luego, al captar el frenesí de sus gestos y la expresión alarmada de su pálido rostro, no vaciló. Dejó al inquieto vecino, que se apresuró a alejarse lo antes posible, por lo que pudiera suceder en un edificio tan poco alentador como lo era la Morgue, y se reunió con Clay, mirándole sorprendido.

—Pero, doctor, ¿qué le ocurre? —demandó—. ¿Ha visto un fantasma? Creí que los médicos no se asustaban por nada de cuanto pudieran ver en un depósito de cadáveres…

—Claro que no nos asustamos. Pero esto, constable… ESTO es diferente… ¡Mire adentro, cielos! Y no trate de acercarse. Es capaz de aplastarle como a una mosca…

Garfield se asomó al interior de la Morgue, y sus cabellos se erizaron, tornándose su faz blanca como el papel, a la vista del horror andante que se le venía encima.

—¡Dios nos asista! ¿Qué es esa…, esa cosa? —aulló, aterrorizado—. ¡Parece ser Zarov… o lo que quedó de él, doctor…!

—Es Zarov, constable. O lo que quedó de él, como usted dice… —jadeó Carter—. Empecé su autopsia y…, y sucedió eso. Revivió, me atacó… Es horrendo. Y no tiene explicación posible… ¡Pero nos matará si nos alcanza! Y matará a quien se le interponga, eso seguro.

—¿Qué hago? ¿Se puede intentar… matarle a tiros?

—Es lo último que debía hacerse…, pero me temo que no haya otro remedio… si es que puede hacerse. Clínicamente, ese hombre

ya estaba muerto. Sea lo que sea lo que le sucede, no es de este mundo. No me pregunte qué es…, pero no podemos dejar que salga de aquí… y ataque a nadie…

En ese momento, confirmando las afirmaciones angustiadas de Clay Carter, el horrible ser de color gris descargó un golpe con su brazo en una vidriera polvorienta. Ésta se vino abajo con estrépito, haciéndose añicos junto con su marco de madera, como si un mazo la hubiese martilleado brutalmente. El ser no se hizo ni la más leve herida, ni un solo rasguño en su brazo grisáceo y granulado…

Garfield no vaciló. Ni esperó instrucciones del doctor. Sencillamente, alzó la mano armada. Apuntó… y comenzó a disparar su revólver sobre el monstruo.

Carter cerró sus ojos, apenado. Era lo que menos hubiera deseado ver, Pero no había otro remedio. Los abrió, al oír la voz aterrorizada del policía local:

—¡Mire…! ¡MIRE, doctor! ¡Las balas LE REBOTAN! ¡No le hacen nada…! ¡Dios del cielo! ¿Qué podemos hacer ahora?

Carter, lívido, contempló la tambaleante figura, ya demasiado cerca de ellos. Era verdad lo que aseguraba el constable Garfield. Los proyectiles de su revólver reglamentario se limitaban a rebotar en su masa grisácea y horrible, sin causarle daño ni heridas.

Rápidamente, Carter hizo funcionar su fría mente profesional en aquellos desesperados segundos que quizá les separaban del caos.

—¡Espere, constable! ¡No malgaste balas! ¡Dispare a su cabeza! ¡A su cráneo! ¡Trate de herirle donde yo inicié la autopsia! ¡Es sólo una idea, pero puede resultar! ¡Tire allí, pronto…!

Lo hizo el constable. Disparó. Una sola vez, poniendo su alma en aquel impacto.

Y resultó.

La bala penetró en el frontal revelado por el corte del escalpelo en la piel gris del monstruo. Astilló el cráneo, bajo la dura epidermis monstruosa. Y llegó a alguna parte, quizás al único punto sensible que quedaba en el cadáver viviente.

Cayó éste pesadamente. De bruces. Su choque sordo en las baldosas agrietó algunas de éstas. Se quedó quieto. Quizá muerto ya. Definitivamente muerto. O muerto por dos veces. Lo que hacía falta, era saber si podía resucitar alguna más.

—Dios le premie, constable… —gimió Carter, cerrando sus ojos

con un suspiro—. Resultó. Como médico, debo lamentarlo. Como ser humano… lo celebro por los demás. Ahora ya no se mueve.

—¿Será… definitivo? —dudó Garfield, tembloroso, lívido.

—No lo sé. He de comprobarlo, de todos modos, ocurra lo que ocurra —echó a andar hacia el cuerpo—. Venga, ayúdeme. Tendré que iniciar otra autopsia… y prefiero que esté usted presente… con su arma a punto.

No hizo falta esta vez. Clay Carter pudo hacer la autopsia a Sergei Zarov. Y sin problemas.

Entre otras cosas porque, inexplicablemente, su piel, su cuerpo todo, había recuperado su naturaleza original.

Ya no era un monstruo gris, sino un simple cadáver de humana apariencia, aunque con el mismo rostro lleno de pavor con el que se enfrentó a su extraña muerte, aún sin esclarecer.

Una rara mutación se había producido en él al morir. Y ahora, otra mutación le volvía a su primitivo aspecto. Como si el monstruo gris, el cadáver viviente, jamás hubiera existido.

Pero el constable Garfield y el doctor Carter sabían muy bien que sí había existido. Aunque no tuviera explicación posible…

Capítulo V

UNA sorpresa esperaba al doctor Carter cuando llegó al Parador del Ciervo.

La propia señora Doolittle le recibió, acongojada, en el vestíbulo del establecimiento, con expresión de inquietud y de temor, que sobresaltaron momentáneamente al joven médico.

—¡Ah, menos mal que ha vuelto, doctor Carter! —se lamentó la mujer, aforrándole por un brazo—. He intentado localizarle y ahora iba a ir en su busca… aunque la verdad es que no me seducía mucho la idea de visitar la Morgue…

—Hizo bien en no ir, señora —suspiró Carter, despojándose de su macferlán con gesto grave. Miró a la señora Doolittle, interesándose—: Bien, ¿qué es lo que ocurre?

—Se…, se trata de Lorna, mi sobrina…

—¿Le sucede algo? —Se inquietó Carter, sobresaltado.

—No lo sé… Está arriba, en cama… Cuando he llegado esta mañana de unas compras, la he encontrado presa de una rara crisis nerviosa, muy alterada y febril. No le ha sido posible hablar. Se limitaba a mirarme con gesto amedrentado, los ojos algo vidriosos… Me asusté mucho, apresurándome a acostarla, y le di una tisana con agua de azahar, a la espera de que usted la viese…

—Está bien. Veámosla… —Clay comenzó a subir con rapidez las escaleras, seguido dificultosamente por la dama—. ¿Le suceden esas cosas a menudo?

—¿Sucederle? ¡Nunca le había pasado nada semejante, doctor!

—¿No ha pronunciado una sola palabra?

—No, ni una, doctor. Se limitaba a mirarme, convulsivamente, moviendo la boca como si quisiera hablar, pero sin lograrlo. También parecía que quisiera llorar, pero no lograba romper en sollozos… ¡Oh, doctor, estoy muy preocupada, la verdad!

—No debe temer nada. Es una joven saludable y fuerte. Tal vez

los sucesos de anoche le hayan provocado una crisis nerviosa, y eso sea todo… —Llegó a la planta alta, y se encaminó con presteza a la habitación que le indicó la señora Doolittle, en otra ala del edificio, donde se alojaban las propietarias del mismo.

Cuando abrió la puerta de la habitación y se encontró ante la joven Lorna Doolittle, metida en cama, Clay Carter arrugó el ceño, sorprendido. Una sombra de inquietud cruzó sus ojos entornados. Se acercó al lecho, inclinándose sobre él.

Pese a la tisana y el agua de azahar, la joven no descansaba, ni mucho menos. Su cuerpo se agitaba, presa de convulsiones, una palidez singular hacía aún más delicadas y tersas sus bonitas facciones, y el sudor había formado una fría película húmeda sobre su epidermis. Tenía los ojos abiertos a medias, y ligeramente vidriosos, como perdidos en alguna parte.

Tampoco ahora hablaba, pero parecía emitir sonidos incoherentes, como balbuceos o gemidos. Clay estuvo seguro de algo. Aquel estado de la muchacha tenía un motivo claro y concreto, a juicio suyo: el terror.

—¿Es…, es algo grave, doctor? —Sonó ahogada la temerosa voz de la señora Doolittle, a su lado.

—No —negó él, rotundo, sin engañarla, mientras tomaba el pulso a la muchacha y examinaba sus pupilas—. Pero su sobrina ha sufrido últimamente, esta misma mañana sin duda, alguna impresión terrible. Está todavía bajo sus efectos…, aunque espero que este sedante supere la crisis.

Llenó una jeringuilla hipodérmica con un líquido ambarino de una ampolla, y aplicó con rapidez la inyección en el cuerpo de la joven, procediendo luego a enjugar su sudor y buscar en su maletín un frasco de tabletas, de las cuales tomó una media docena, que puso en un tubo. Dejó éste en la mesilla, y miró a la tía de Lorna.

—Le dará exactamente dos comprimidos cada cuatro horas —dijo—. Yo volveré a verla con frecuencia y, si es preciso, le daremos más medicamento y más inyecciones sedantes, pero no creo que haga falta llegar a tanto. Lo que le he aplicado es fuerte. Muy fuerte. Dormirá durante las próximas horas profundamente. No le dé las tabletas hasta que se recupere en parte, cosa que no será antes de media tarde. ¿Comprendido, señora Doolittle?

—Sí, doctor —temblaban los labios de la mujer, y había

humedad en sus ojos—. ¿De verdad no es grave?

—No, no es grave. Pero tenemos que averiguar de qué se trata, qué fue lo que la asustó tanto. Ella es una joven muy entera y dueña de sí, para sobresaltarse por cualquier cosa, estoy seguro. Tuvo que ver algo realmente espantoso. Lo cual no me sorprende mucho, después de lo que yo he vivido esta mañana…

—¿Ha sucedido algo más, doctor? —Se inquietó la señora Doolittle.

—Pues… sí, señora. Pero vale más que lo ignore, por el momento, y… —Se detuvo. Rápidamente, giró la cabeza hacia Lorna. Estaba seguro. Ella había pronunciado algún sonido, algo coherente, una palabra sin duda.

También su tía había escuchado eso. Se precipitó hacia la sobrina, inclinándose para escucharla. Carter fue hasta el lecho. Lorna movía sus labios, mientras la respiración era ahora más pausada, los espasmos cedían.

—El… el establo… —La oyeron ambos musitar entre dientes, con mucha claridad.

El doctor y la señora Doolittle se miraron asombrados.

—El… establo… Estaba… allí… Dios mío…

Otra pausa. Los labios de la joven se apretaban con fuerza. Tuvo otro espasmo. Carter se sentó en el lecho. Pasó una mano acariciadora por su frente, y con la otra oprimió cálidamente la mano de la enferma. Éste le apretó con fuerza increíble los dedos, y pareció confortada, menos rígida.

—Dios… era… horrible… —la oyó susurrar con voz apagada—. Ella… huía… huía… Vi su capa… flotando… Desapareció en la calle… Aún estaba algo oscuro… Amanecía Oh, la otra…, la otra mujer…

De nuevo espasmos, temblores, agitación del cuerpo. Carter la examinaba, atento. Sus esfuerzos por calmarla se acentuaron… Luego, ella jadeó, con voz ronca, dando una serie de respingos en el lecho:

—La otra mujer…, la señora Mason… Kathy Mason… ¡qué horror…! Era piedra…, piedra gris…

Exhaló un suspiro, como un estertor. Luego, se quedó inmóvil, callada, quieta. La señora Doolittle miró con temor al médico. Éste dejó la mano de la muchacha, repentinamente tersa y sin fuerzas.

—¡Doctor! ¿Qué le ocurre? —gimió la mujer.

—No se alarme. Ahora descansa. El sedante ha vencido sus temores, sus recuerdos… Ya no se excitará más, durante varias horas… —Miró, grave la expresión, a la tía de Lorna—. ¿Quién es la señora Mason?

—Kathy Masón… —La señora Doolittle reveló perplejidad en su gesto. Esa horrible mujer… No tenemos trato con ella. ¿Cómo iba a estar en mi establo, doctor? Es una vecina sumamente incómoda. Todo el mundo, en Sunderland, conoce sus aficiones… lesbianas. ¿Me comprende?

—Claro —sonrió Clay, aunque sus ojos seguían ensombrecidos —. ¿Molestó alguna vez a su sobrina?

—No se hubiera atrevido —declaró dignamente la dama—. Pero molesta con mucha frecuencia a las doncellas y criadas, a las mozas de campo… Es una mujer madura, bastante atractiva aún. Pero sus vicios, sus inclinaciones… le han granjeado la antipatía general. Casi nadie se dirige a ella, doctor, en todo Sunderland. Ni parece importarle.

—Vamos al establo, señora Doolittle —sugirió el médico—. Será lo mejor.

La tía de Lorna le condujo, a través del parador, hasta los establos, situados atrás, en un patio cercado por una alta tapia. Había una puerta trasera que daba a un callejón y esa puerta parecía ahora abierta. La señora Doolittle la miró con sorpresa.

—¡Qué raro! —murmuró—. Siempre queda cerrada…

Carter no comentó nada. Fue hasta el cobertizo destinado a pajar, junto a las caballerizas, donde dos mulos y un caballo comían heno apaciblemente. Bajo otro cobertizo se veía un pequeño carruaje.

El joven médico se detuvo en el pajar. Rebuscó por él, como si tuviera alguna idea fija. De repente, se levantó con algo en sus manos. Lo mostró a la señora Doolittle.

—¿Es suyo? —quiso saber.

La tía de Lorna contempló, intrigada, aquella oscura prenda.

—Un chal de lana… —Meneó la cabeza de lado a lado—. No, no es mío. Ni de Lorna. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Del mismo modo que esto —en la otra mano de Carter, se alzaba un segundo objeto inconfundible: un zapato de mujer, negro,

de tacón bastante alto. Era charolado y de forma elegante—. Supongo que tampoco es suyo…

—Cielos, no. No usamos esos tacones en Sunderland. Arrumaríamos el calzado sobre el empedrado. Espere… Este chal lo recuerdo… ¡Sí, lo he visto antes de ahora! Lo lleva a menudo… la señora Mason.

—Lo imaginaba —los ojos de Carter estaban fijos en el zapato de charol negro—. Bien, señora Doolittle, ahora podemos estar bien seguros de algo: su sobrina no vio alucinaciones, ni mucho menos. Encontróse aquí a dos mujeres. Una huía ya. La otra… la otra se había convertido en un horrible cuerpo rígido, de materia gris, como piedra…

—¿Qué es lo que dice? —balbució la señora, mirándole—. ¿Se refiere a… a Kathy Mason?

—Evidentemente, si Lorna la identificó, es que era ella.

—Pero… ¿pero qué hacían dos mujeres aquí? Y si la señora Masón estaba… estaba muerta, como ese joven ayudante del doctor Korvac… ¿dónde está ahora su cadáver?

—Tal vez cerca, tal vez no —suspiró el doctor Carter, cuyo rostro era una máscara de preocupación, sorpresa y desconcierto—. A veces, señora Doolittle, aunque un hombre de ciencia se resista a admitirlo…, los cadáveres andan…

Y sin explicar sus palabras, se encaminó a la casa, seguido presurosamente por la tía de Lorna que, sin duda, no quería bajo ningún concepto quedarse sola en los establos de su vivienda.

Clay Carter estaba muy preocupado. Muy inquieto.

Hundido en sus pensamientos, paseaba por su dormitorio del Parador del Ciervo, en vez de intentar descansar tras aquella mañana tan agitada, en que se viera, por vez primera en su vida, frente a una forma de muerte que le era totalmente desconocida.

Ahora estaba seguro de algo. Ya no era una sola la víctima de la extraña muerte gris que asolaba Sunderland. La señora Kathy Mason había sufrido igual suerte, estuviera donde estuviera ahora. Y Carter sabía que era preciso, cuanto antes, localizar aquel cadáver y tratar de clavarle una bala en el cráneo, como a Zarov, para que no tuviese una resurrección espantosa, que llevara a las calles del lugar a un monstruo demoledor y terrorífico.

Fuese como fuese la señora Masón, ahora resultaría

infinitamente peor y más peligrosa de lo que nunca fuera por sus aficiones lesbianas, condenadas por toda la comunidad de Sunderland. Ya, ni siquiera era ella…

Carter se detuvo finalmente ante su equipaje. Habían sido tantos y tan variados los acontecimientos desde la noche anterior, que ni siquiera había tenido tiempo de ordenar sus cosas, de deshacer su equipaje y poner sus libros y sus cosas en el viejo y pesado armario que ocupaba un rincón del dormitorio.

Procedió, por lo tanto, a abrir su valija, y apilar los libros de Medicina, sus obras de consulta, sus apuntes, y sus fármacos más necesarios, abriendo luego el viejo armario para situarlos allí ordenadamente.

Una vaharada de humedad le llegó del interior. El mueble estaba limpio y sin polvo, pero la humedad de la costa penetraba por doquier. Descubrió algunos viejos libros allá al fondo de una de las estanterías. Leyó los lomos de dos de ellos: *Las enfermedades hereditarias*. Y otro: *Medicina preventiva*. Sonrió, moviendo la cabeza.

El buen doctor Laverick debió dejar tras de sí aquellos volúmenes al morir. La señora Doolittle había respetado su lugar habitual, quizá pensando que era como dejar un pequeño recuerdo del viejo médico rural y, a la vez, podía ser de alguna utilidad cualquiera de aquellos libros para el nuevo médico.

Tomó los volúmenes. Eran exactamente cinco. Cuatro de ellos, dedicados íntegramente a la Medicina. El quinto volumen es el que más le sorprendió. Se quedó mirando su título, de letras doradas sobre el lomo de piel oscura, sin entender su relación con los demás:

MITOLOGÍA GRIEGA

—Tal vez el buen doctor Laverick era aficionado al tema… —se dijo para sí Clay Carter, comenzando a hojear el volumen, cuyas páginas observó bastante gastadas por el uso.

Especialmente, una parte del volumen aparecía deslucida en sus bordes. Al abrirlo por aquel punto, un recorte de periódico apareció doblado en su interior, como marcando algún punto determinado en la lectura.

Enarcó sus cejas, sorprendido. Sus ojos se clavaron en el tema que se abordaba en aquella parte del libro:

LA HAZAÑA DE PERSEO
MUERTE DE MEDUSA

Algo vagamente familiar le vino a la mente. Un raro hormigueo de curiosidad pareció invadirle. Comenzó a leer, tratando de evocar cosas que ya no repasaba desde niño, como eran los mitos griegos y las fabulosas historias de sus héroes y sus dioses.

Perseo, hijo de Dánae, había llegado a ser un peligro para el rey Polidectes. Así, temiendo que algún día el arrogante y hermoso Perseo pudiera desear vengar a su madre, maltratada por aquél, decidió desembarazarse de él, confiándole una misión peligrosísima virtualmente imposible: matar a Medusa, la más monstruosa de las tres Gorgonas.

Medusa era una criatura terrible, que tenía serpientes venenosas en vez de cabellos, sus dientes eran afilados colmillos, el rostro era de una fealdad estremecedora, y cada uno de sus ojos tenía un alucinante poder, que la Gorgona ponía en práctica con frecuencia, para deshacerse de sus enemigos: convertía a los hombres en piedra…

Convertía a los hombres en piedra.

CONVERTÍA A LOS HOMBRES EN PIEDRA…

—¡*Piedra*! —jadeó Carter, sintiendo que se erizaban sus cabellos. Cayó el libro de sus manos. Jadeó, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. No, no… ¡*Imposible*! Esas cosas no suceden *ahora, aquí*… Eso son leyendas, mitos de otros tiempos, fábulas griegas… ¡La Gorgona NUNCA existió!

Pero allí estaba él ahora. Horrorizado, la vista fija en el volumen caído a sus pies, en las páginas abiertas, manoseadas por el doctor Laverick, en la ingenua ilustración de un dibujante, representando a la criatura diabólica de un modo que causaba más risa que terror…

Y alrededor del texto, ahora veía Carter las acotaciones en letra menuda, como si alguien hubiera estudiado muy seriamente el asunto, haciendo anotaciones en torno, preocupándose de un problema tan remoto e inalcanzable como parecía serlo el de la Medusa, la peor y más terrorífica de las tres Gorgonas. La que podía, con su mirada diabólica, convertir en piedra a los humanos… e incluso a los dioses.

Se agachó a tomar el libro, para seguir la lectura. Entonces reparó en lo que ya había visto antes: el recorte de periódico entre

sus páginas. Dejó el volumen sobre la mesa. Desplegó aquel recorte. Era un fragmento de la página de sucesos del Times londinense. Tenía la fecha escrita con tinta azul, en un ángulo. Correspondía a unos seis meses atrás.

El titular de la noticia sobresaltó una vez más a Clay Carter:

«Extraño suceso en un caserón junto al Támesis. Cuatro jóvenes de la buena sociedad londinense aparecen muertos en misteriosas circunstancias. Corre el rumor, no confirmado por la policía, de que los cadáveres parecían petrificados. El superintendente Chapman, de Scotland Yard, niega rotundamente tal hecho, pero los periodistas no han tenido acceso a las víctimas».

Clay Carter leyó totalmente el artículo escrito en el *Times* por el cronista londinense. De él podía desprenderse la conclusión de que todo podía ser simple imaginación periodística. Pero también quedaba un interrogante en el aire. ¿Existía realmente algo insólito en los cuerpos de los cuatro jóvenes, cuya fama de disolutos, mujeriegos y deshonestos era notable, y por ello la policía se negaba a dejar ver los cadáveres y a discutir el asunto con la prensa?

El joven médico no hubiera podido tampoco dar una respuesta a ese dilema. Él no tenía materia para opinar. Pero el doctor Laverick sí había tenido interés en guardar aquel recorte… justamente en un volumen de Mitología donde se hablaba ampliamente de la fabulosa Gorgona y sus terribles poderes. Y, precisamente, el doctor Laverick había sido médico rural en Sunderland.

¿Por qué? ¿Existía un nexo entre el doctor Laverick y esos hechos? ¿Sabía el viejo médico rural que algo anormal sucedía en el lugar? ¿Había descubierto algo, y sus pesquisas le llevaron a una conclusión delirante?

Y en ese caso… ¿por qué había muerto accidentalmente el doctor Laverick? ¿Fue, en realidad, un accidente aquel suceso… o había alguien en Sunderland que no quería que la fábula griega fuese desenterrada, con todas sus consecuencias?

Clay Carter no sabía qué hacer. Pero minutos más tarde cruzaba a buen paso las calles húmedas de la población, en dirección a la estafeta telegráfica. Redactó un texto para el superintendente Chapman, de Scotland Yard, en Londres. Pagó por su expedición, y

lo envió, recomendó la mayor urgencia posible.

Chapman, allá en Londres, iba a sufrir un notable sobresalto cuando llegara a sus manos un mensaje telegráfico, procedente de Sunderland, donde alguien a quien desconocía por completo le daba la más increíble información imaginable:

«Asunto relacionado con caso jóvenes muertos en Londres hace seis, meses puede haberse presentado aquí. Ocurre algo que merece la atención policial urgente. Saludos: doctor Carter».

Capítulo VI

A las nueve de la noche, las cosas no ofrecían un aspecto más esperanzados para Clay Carter.

Había comenzado a lloviznar nuevamente, el cielo estaba encapotado, aunque sin indicios de tormenta, y el mar rugía contra los acantilados, siendo audible el choque del oleaje entre los riscos y rompientes de la costa norte inglesa.

No había el menor rastro de la señora Kathy Mason en parte alguna. Cuantas veces llamó el constable Garfield a la puerta de su casa, resultó completamente inútil. Nadie acudió a abrir, ni se vieron luces en su interior cuando oscureció. Tampoco el cadáver de la mujer de mala fama aparecía por parte alguna.

Lorna seguía reposando en su lecho, y ya le habían sido administradas las tabletas, encontrándose muy relajada en el proceso de su crisis. Pero no había vuelto en sí, limitándose a quejarse en sueños, o a dormir profundamente, gracias a los sedantes.

Carter se terminó de vestir ante el defectuoso espejo de su dormitorio. Había elegido esta noche las ropas más elegantes. Incluso tomó su bastón, que usaba muy raras veces, sacó brillo a su empuñadura de plata, representando la cabeza de un mastín inglés, y quitó hasta la última mota de polvo de su sombrero de peluche negro, de reflejos y alta copa. Cualquiera hubiera dicho que el doctor Carter iba de aquella guisa a la ópera. Pero en Sunderland, sólo se podía ir de noche a la cantina a beber, o a algún lugar inconfesable y clandestino donde buscar placer. Iba demasiado elegante para ambas cosas, ya que los pequeños lupanares del barrio marinero de Sunderland, eran auténticos cubículos donde hubiese desentonado la elegancia del joven médico rural.

Pero Carter confiaba en que no sería demasiado elegante para un prostíbulo de alto nivel, como el montado por el desaprensivo

Devereux en su supuesto *estudio de arte*. Y no le faltaba razón a Clay.

Cuando estuvo ante la casa de Devereux, comprendió que todo estaba hecho con la suficiente astucia e inteligencia para que fuese un negocio redondo, que no pudiera escandalizar a la buena sociedad local. Buena sociedad que, sin duda, sería la primera y generosa clientela del señor Devereux, en lo que a esposos, hijos y hermanos se refería.

Un edificio casi en las afueras de la población, rodeado de un frondoso jardín, con una alta verja, y mostrando sobre el ladrillo rojo de la edificación, la hiedra que formaba casi un nuevo muro verde, adherido al auténtico. Una placa de mármol indicaba en la entrada:

FIERRE DEVEREUX.
ESTUDIO ARTÍSTICO.
PINTURA Y ESCULTURA.
VENTA DE OBRAS DE ARTE.
HORAS A CONVENIR. NO PASAR.

Un mastín ladró en alguna parte, en medio de la oscuridad del jardín, amenazadoramente. Sin duda contribuiría a ahuyentar a posibles inoportunos. El aire de la noche, húmedo y frío, curvaba las copas de los árboles y agitaba con sordos y siniestros rumores la hojarasca de las paredes rojas.

Se detuvo Carter a la puerta. Encontró un tirador de cadena. Tiró dos veces, con su mano enguantada. En alguna parte, lejana, tintineó una campanilla. Esperó, mientras el viento agitaba su negro macferlán de modo fantasmal.

De súbito, un rostro macilento, ancho y lúgubre, pareció flotar en la oscuridad, allá tras los hierros forjados de la entrada. Un fanal de petróleo bailoteó en la sombra, prestando a la faz humana una luz espectral. La llama se agitaba a impulsos del aire, dentro del vidrio manchado de humo.

—¿Quién llama? —tronó una voz áspera—. Si viene a comprar alguna obra de arte, no es la hora adecuada, señor. Pase mañana y deje su encargo. El señor Devereux lo estudiará, y le dará su respuesta…

—Lo siento —replicó Carter—. No puedo esperar. Ha de ser

ahora.

Y puso ante el portero la cartulina roja que le diera el joven lord Galway.

Eso pareció obrar mágicamente en el sórdido individuo, que introdujo unas llaves en la cerradura, hizo mover ésta con un largo chirrido, y la entrada quedó libre. El mastín seguía ladrando en alguna parte, sin duda sujeto por una cadena que estaría ansioso por soltar. Aquel siniestro cancerbero que le franqueaba el paso, quizás podría hacer eso con sólo dar una voz de alarma. A Carter no le gustó la idea de verse ante las fauces del animal.

—Muy amable —puso un billete de diez guineas en la mano del hombretón—. Hace frío aquí fuera esta noche.

—Sí, mucho. Entre conmigo, señor. Dentro, la atmósfera es muy confortable, ya verá…

Le escoltó hasta un claro donde había otro hombre tan patibulario como el anterior. Hubo un cuchicheo entre ambos, un intercambio de manos en la tarjeta roja, y ahora Carter siguió al segundo hombre, que le abrió una puerta vidriera, introduciéndole en la casa.

Había suaves luces por doquier. Ninguna estridencia. Muebles sobrios, alfombras lujosas, tapices y cuadros, esculturas renacentistas… El ambiente del lugar destinado al arte estaba perfectamente imitado. Pero Clay Carter sabía que era tan falso como la verdadera ocupación del «artista».

—Supongo que el señor deseará ser bien atendido —dijo el empleado secamente. Y le mostró unos cuadros en el muro, con gesto significativo.

Carter se sorprendió. Eran cuatro desnudos de mujer perfectamente pintados. Todos firmados por Devereux. Reconoció dos de aquellas modelos en el acto. Una era la pelirroja Vicky Dowling. Otra, la rubia y seductora Doris Foster, la mujer que vio antes que nadie un cadáver gris…

Las otras dos, de cabello oscuro, eran evidentemente Ann Waverly y Marsha Gregory. Tenían cuerpos sensacionales. A no dudar, era el modo de exhibir la «mercancía» humana al cliente. Nada comprometedor para Devereux. Un cuadro, una mujer. Uno escogía. Y era todo.

Dudó un momento Carter. Personalmente, su simpatía iba por

Doris Foster. La señaló de repente.

—Ella —dijo—. Me gustan las rubias.

—Ya —el empleado miró el retrato. Meneó luego la cabeza en sentido negativo—. Lo siento, señor. Eligió precisamente la que está ocupada. Escoja otra, por favor.

Mentía. Doris Foster no estaba «ocupada». Sabía que aún no había sido dedicada a su oficio por Devereux. El propietario de la casa quería estar previamente seguro de que sus chicas respondían perfectamente a las exigencias de cualquier cliente. Él tenía sus métodos de enseñanza. Garfield lo había averiguado.

—Bien… —suspiró—. Entonces, ella. La pelirroja.

Y señaló a Vicky Dowling.

El empleado asintió en silencio. Fue conducido Carter a otra estancia más íntima, donde debió depositar cien guineas en el interior de un jarrón de porcelana china.

Un momento después, Vicky Dowling llegaba a presencia suya.

Era más hermosa que en los dos retratos que conocía de ella. También más agresiva. En formas físicas y en modales. Parecía furiosa por haber sido escogida. Y aunque lo disimulaba, el centelleo de sus ojos y la crispación de sus labios era evidente.

Sonrió, fingiendo mirar al cliente con simpatía. Envolvía su cuerpo en una larga bata de seda roja, que se adhería a sus formas llamativas. Carter estaba seguro de que, bajo aquel tejido, sólo estaba la piel de Vicky Dowling.

Recordó al joven lord Galway. Era un amor imposible. Su enfermiza naturaleza no resistiría a aquella mujer ni siquiera unas pocas fechas. Vicky Dowling era una hembra completa. Y debía de resultar muy ardiente… si ella quería.

Por supuesto, ahora no quería. Clay Carter sonrió cuando ella comenzaba a despojarse de su ropa. Negó con la cabeza, poniéndose en pie.

—No, señorita Dowling —cortó—. No siga.

—¿Eh? ¿Qué dice? —Se sobresaltó ella, mirándole asombrada.

—No he venido aquí a pasar la noche con usted. Es muy hermosa…, pero vengo en nombre de un buen amigo suyo: Terence Galway.

—Ese pobre muchacho… —suspiró ella. Miró a Carter, picada ahora en su amor propio—. No le sea tan fiel. Usted pagó con su

dinero, ¿no? Éste es mi oficio, me guste o no.

—¿No lo entiende? Soy el doctor Clay Carter, el nuevo médico rural. Si estoy aquí, es para liberarlas de Devereux. A usted y a las demás. Las explota inicuamente.

—No hable de eso —miró en torno, alarmada—. Podría costamos muy caro, doctor. ¿Por qué no aprovechamos el tiempo, ya que está aquí? Es usted joven, guapo… Me gusta.

—¿No le gusta Terence Galway también?

—Ése muchacho… Es un soñador, un romántico. Su madre le tiene dominado. Pudo haber sido mucho mejor, pero enfermó por culpa de ella. Es una vieja arpía.

—Las arpías… —citó Carter con fría ironía—. Mitología griega, Vicky.

—¿Cómo dijo? —Parpadeó ella.

—Mitología. Como la Gorgona. ¿No sabe nada de la Gorgona y los hombres de piedra?

—¿Qué puedo saber yo? —musitó Vicky Dowling, perpleja—. ¡Oh, doctor, déjese de hablar en chino! Le aseguro que no puede haber nada entre Terence y yo. Le he hecho concebir una ilusión, eso es todo. Necesita algo que le ayude a vivir, pobre muchacho. Me ha idealizado. Para él soy la muchacha descarriada que nunca pudo ser otra cosa…

Soltó una cínica carcajada. Carter la miró, compasivo.

—¿Y no es así, Vicky? —preguntó suavemente.

—¿Quién le mete a usted en mi vida? —Se irritó ella. Soltó de pronto su bata. Cayó a sus pies. Un cuerpo turgente, deseable, una sinfonía de curvas en oferta muda, se alzaron ante los ojos de Carter. Él admiró la hermosura femenina. Vicky avanzó hacia él, sinuosa, turbadora, entornando sus ojos, erguidos los macizos senos suaves… Ronroneó—: Vamos, mi joven y guapo doctor… No perdamos tiempo. No hay por qué desperdiciar cien guineas. Ni por qué despreciarme. ¿Tan poco valgo para ti?

Carter no había ido a eso. Hubiera querido salir de allí de alguna forma, huir de los sedosos brazos tentadores de mujer plena, posesiva, sensual…

No pudo hacerlo. Ella le envolvió en su trampa de seda y carne. Clay Carter cayó en el dorado cepo. Lo lamentaba por el joven Galway. Pero Vicky Dowling se había delatado a sí misma. No era el

ideal del aristócrata. Era sencillamente… lo que era. Nada más.

Y Carter, al tiempo que probaba el cálido, apasionado amor de la pelirroja, llevaba a, cabo también un secreto experimento que le había dictado una lucecilla de intuición y de astucia, allá en lo más hondo de su cerebro…

—Hubiera sido una lástima, doctor —musitó ella, despegando los carnosos labios de la boca de Clay—. Una verdadera lástima… No se puede ser fiel a nadie hasta ese punto. Y menos con una mujer. Supongo que todas estarán locas por ti…

—Supones mal —rió Clay de buena gana—. Pero agradezco tu elogio. Voy a envanecerme mucho, palabra.

—Tendrás motivos para ello… Ahora creo recordar algo, doctor.

—¿Qué?

—Esa chica rubia que ahora tenemos aquí, con nosotros…, Doris Foster… Creo que la conoces.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella lo dijo. Te describió muy bien. Pareces haberla impresionado. Le gustaste, vamos. Y eso sí que es una hazaña. Es una chica rara. Está temblando de pensar en el momento de iniciar su trabajo aquí. Y, después de todo, ¿no es ella como nosotras todas? Devereux piensa reservarla lo más posible. Y te confiaré un secreto, por si es ella la que de veras te gusta…

—¿Qué secreto?

—Devereux ha recibido una oferta de alguien. Le dan cinco mil guineas… si transfiere la chica a un único propietario, alguien que la llevará consigo y la alojará en su casa, como su amante oficial… aunque ocultando eso ante los demás, claro está.

—Es una buena oferta por una mujer —dijo Carter algo seco—. ¿Es que para Devereux sólo sois mercancía que se compra y se vende?

—No mucho más, doctor. Nos tiene cogidas. Si nos desmandamos, cae sobre nosotras…

—Entiendo. Y… y ¿quién hizo esa oferta por Doris?

—El doctor Korvac, un científico muy desagradable que…

—¡Korvac! —exclamó bruscamente Carter, mirándola sorprendido—. Pero… pero ¡si Korvac es indiferente a las mujeres! ¡Si es… es homosexual! ¿Por qué paga una suma así por una muchacha, por hermosa que ella sea?

—¿Y yo qué sé? —Se encogió de hombros Vicky—. Ya sé que tiene raras aficiones. Me lo contó un día su amigo y compañero, Sergei… Me refiero a Zarov, ¿sabes? Ese tipo que ha muerto de modo extraño…

—Sí, entiendo muy bien lo que estás diciendo, Vicky —una repentina agitación se había apoderado de Carter—. ¿Zarov venía a menudo por aquí?

—Oh, sí, muy a menudo. El… él sólo era homosexual por interés, ¿entiendes? Detestaba a Korvac. A él le atraían las chicas… Era muy generoso con nosotras. La última vez que estuvo aquí, hubo que arrojarlo casi del establecimiento.

—¿Por qué?

—Se puso muy pesado. Quería, a toda costa, ir a la alcoba de la nueva, de Doris Foster… Devereux le hizo ver que eso podría ser más adelante, no ahora. Pues se llegó a insolentar tanto… que lo arrojamos de aquí. Y decía cosas muy curiosas cuando abandonaba el edificio, ¿sabes?

—¿Sí? —Vivamente interesado, Carter se inclinó hacia la pelirroja—. ¿Qué decía?

—Oh, cosas sin sentido. Sin duda era la borrachera, claro… Juraba a voz en grito que no le importaría convertirse en estatua, si tenía que besar a… a… ¿cómo llamaba a Doris? Usaba un nombre raro… Ah, sí… Dijo que no le importaría convertirse en estatua… *si besaba a Medusa*. ¿Has oído nunca tontería más grande?

Clay había palidecido intensamente. Miró con vivo horror a la pelirroja Vicky. Casi gritó, descompuesto el tono:

—¿Estás segura? ¿Totalmente *segura* de que él… Zarov… llamó… LLAMO MEDUSA a esa rubia, muchacha Doris Foster?

—Claro que lo estoy —la Dowling le miró asombrada por su reacción—. Pero, doctor, ¿qué te ocurre, amor mío…?

Carter no esperó a más. Se precipitó adonde colgaban su capa y su sombrero, tomó el bastón de puño de plata, y corrió hacia la salida, mascullando:

—¡Creo que lo entiendo! ¡Sí, ahora lo entiendo! ¡El doctor Laverick confió su secreto a Zarov y a Korvac! ¡Ellos querían a la Medusa! ¡No para AMARLA, sino para poseer a la criatura más increíble de todos los tiempos! ¡El doctor Korvac quiere EXPERIMENTAR con una Gorgona, y eso puede ser

PELIGROSÍSIMO para todos!

—Pero, Clay, ¿te has vuelto loco?, —susurró, desolada, la pelirroja, pretendiendo darle alcance.

Clay Carter, vertiginoso, cruzaba los salones del suntuoso lupanar de Devereux, y pronto, se encontró en una amplia sala, donde los guardianes de la casa giraron la cabeza al verle entrar. Un hombre alto, flaco y de ojos ardientes, se quedó mirándole airado, cuando él entró.

—¿Qué significa esto? —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí, caballero? Ser cliente nuestro, no le da derecho a escandalizar, y menos aún a abrir y cerrar puertas…

—Supongo que es usted Pierre Devereux, dueño de este negocio —silabeó Carter, con voz entrecortada.

—Sí, lo soy. ¿Qué le sucede, señor? Salga de aquí inmediatamente sin escandalizar… o mis empleados le arrojarán a la calle, esté usted, seguro de ello.

—Devereux, tenía que verle… ¡Usted no puede vender a esa chica al doctor Korvac!

—Pero… ¿qué está diciendo? —Le miró Devereux con ojos fulgurantes, haciéndose amenazador su gesto. Hizo un signo a sus guardianes, que se movieron hacia Clay.

—Justamente lo que he dicho. Korvac no quiere a Doris Foster para hacerle el amor, ¿no lo entiende? Es un científico, sólo eso. Busca experimentos nuevos, descubrimientos que le hagan grande, superior a todos… Y ahora cree tener en sus manos lo que anduvo buscando durante tanto tiempo. ¡Algo que nadie ha tenido ni tendrá jamás en sus manos! ¡Él sabe lo que significa esa muchacha, Doris Foster, cuando pretende hacer el amor… lo mismo que lo sabe usted!

—Échenlo —dijo secamente Devereux—. Está loco.

Le rodeaban ya los tres guardaespaldas del francés. Carter les miró, y enarboló el bastón amenazadoramente, haciéndoles dar un paso atrás.

—¡No se acerquen! —Silabeó—. ¡Ya me marcho! Pero volveré, Devereux. Volveré con la policía, con un mandamiento judicial, si es preciso. Soy el nuevo médico de Sunderland. Y sé lo que estoy diciendo. Antes que yo, ya lo había descubierto el doctor Laverick. Había alguien en esta ciudad… Alguien que, al besar a un hombre,

al hacerle el amor…, LO CONVERTÍA EN UNA ESPECIE DE MONSTRUO, VICTIMA DE UNA MUERTE APARENTE… ¡Eso es lo que esa moderna Gorgona logra con sus víctimas! Luego, ellas resucitan por un extraño fenómeno mental, hasta ser realmente muertas de un disparo en su cráneo… No sé, no entiendo lo que sucede. Es una criatura infernal, un monstruo viviente el que tenemos entre nosotros… Ella, subconscientemente, lo sabe. Sabe que es un monstruo, y trata de evitar el horror mientras puede. Pero no siempre le es posible. Y cuando entra en contacto afectuoso con un hombre…, se produce el atroz fenómeno… ¡Korvac sabe QUIEN es esa persona, quién posee esa terrible facultad! Y quiere aprovecharse de ello, sea como sea. Internará en su centro de investigación a Doris Foster, acaso la encadene, procurará no acercarse a ella, no ser su víctima… ¡pero buscará otras víctimas, para que la Gorgona se manifieste, y él pueda ir profundizando en ese horror viviente! ¿Lo entiende ahora, Devereux? ¡Usted sospechaba algo, por eso no permitía a Doris hacer el amor con nadie! ¡Ella es la Gorgona! ¡No puede venderla a nadie! ¡Ha de entregarla a la Justicia, a las instituciones médicas del país, para su estudio y tratamiento controlados oficialmente! No puede quedar en manos de un loco, medio científico, medio charlatán…

—Lo lamento muy de veras, doctor Carter —habló fríamente Devereux, súbitamente, haciendo un gesto para que sus hombres no le agrediesen—. Pero si la historia ridícula que me ha contado tiene algún sentido, llega usted tarde para evitar que la ciencia privada investigue ese absurdo fenómeno que se ha empeñado usted en creer.

—¿Qué… quiere decir con eso de que llegué… tarde? —Tembló el joven médico.

—Doris Foster ya no está aquí. Hace sólo dos horas que el doctor Korvac llegó con un carruaje cerrado y con dos ayudantes… llevándose consigo a esa muchacha. Era lo convenido entre él y yo. Cesión de derechos. Mi contrato con Doris Foster me autoriza a ello…

—¡Miserable! —rugió Carter, precipitándose sobre él airadamente—. ¡Ha causado quizás un auténtico desastre! ¡Y ya veremos, cuando llegue a Sunderland la policía de Londres, que ha sido requerida por mí, si tiene usted derecho sobre esas pobres

mujeres!

—¡Apartadlo, sacad de aquí a ese loco! —aulló el dueño de la casa. Pero cuando los guardaespaldas de Devereux pudieren aferrar a Clay y sacarlo de la casa en volandas, arrojándole violentamente al exterior, ya el bastón del joven médico habíase abatido, sobre el cráneo del francés, derribándole aparatosamente en tierra.

Capítulo VII

NO permaneció mucho tiempo tumbado sobre el húmedo empedrado de la calle. Se puso en pie de un salto, dirigió una mirada colérica al edificio del lupanar, y se precipitó luego hacia el centro de la población, en busca de ayuda.

Encontró al superintendente Garfield profundamente dormido en su vivienda. Le hizo despertar, golpeando con fuerza la vidriera. Somnoliento, el policía bajó a reunirse con él. Le miró, abatido.

—¡Oh, no, doctor…! ¿Usted otra vez? —gimió—. ¿Qué sucede ahora?

—Lo peor de todo. Tendremos que ir con urgencia a la residencia del doctor Korvac.

—¿Otra vez? —Parpadeó Garfield, disgustado por semejante idea.

—Sí, otra vez que puede ser la última —se impacientó el joven —. Los acontecimientos se precipitan. Tenía unas sospechas que, desgraciadamente, se han confirmado en todos sus puntos. Vamos para allá, sin perder tiempo. Le contaré todo por el camino.

Garfield supo que no había otro remedio que escoltar a Carter en su nueva aventura nocturna. Poco después, el carruaje oficial del constable trepaba por la ladera de los acantilados, en dirección a la casa del doctor Korvac.

Clay le relató cuanto sabía, casi como se lo había referido a Devereux, pero con mucha más serenidad. Luego, al hacer una pausa, Garfield le miró atónito.

—Pero… pero eso no es científicamente lógico, ¿verdad, doctor? Los mitos de la antigüedad no existen…

—No, claro. Por eso son mitos, constable. Sin embargo, estamos ante un hecho insólito. Existe una Gorgona, y se mueve entre nosotros como un ser normal. Cuando se excita por el contacto con un hombre, por medio de un beso, de alguna caricia que en alguna

forma produzca en ella la reacción…, se convierte en un monstruo, sin duda alguna. Un monstruo capaz de aterrorizar hasta el paroxismo a quien lo ve. Luego, su proximidad abrasa, cubre la piel de una especie de costra durísima… y el ser humano muere, aunque queda en una especie de letargo mental, del que luego despierta, convertido en un ser monstruoso y sin inteligencia ni personalidad.

—¡Pero… pero eso es inaudito!

—Lo es, Garfield. Ni yo mismo quería creerlo. Pero el doctor Laverick había investigado el caso, tenía apuntes de sus pesquisas y teorías… Él también encontró a un pobre pescador, convertido en piedra aparente… Cuando lo trasladaba a la población, «resucitó», atacándole. Por fortuna, el doctor Laverick era aficionado a la caza y llevaba escopeta consigo. Le voló el cráneo de una descarga, y se salvó… Lo he leído en una acotación de un viejo libro suyo… Luego, debió ir a ver a Korvac, le habló del asunto, quizás con la idea de colaborar juntos en la investigación de tan increíble caso…

—¿Y qué sucedió entonces?

—Korvac quiso para sí todo el honor, todos los méritos de un posible descubrimiento sensacional. Provocó el accidente en el que el infortunado doctor Laverick halló la muerte, y se encontró en condiciones de poder optar a ser el amo de la Gorgona. Sabe que, con mantenerse a distancia de sus encantos, está a salvo. Los ojos de nuestra actual Medusa, no petrifican, si no hay por medio ese roce sexual, por leve que sea… Korvac puede dominar tentaciones. Sabemos que no le gustan las mujeres, Garfield.

—¿Y cómo supo usted que esa chica, Doris Foster…, podía ser la Gorgona?

—No lo supe. Lo deduje. Devereux la conservaba en su casa, sin permitir que hiciera el amor a nadie. Sergei Zarov quería amarla, aunque a costa de ello se convirtiera en estatua, porque conocía el secreto a través de su patrón y amigo… Creo que Devereux vio algo raro en ella o intuyó su terrible secreto, y ha preferido deshacerse de su presa, entregándola a otro.

—Una mujer así, capaz de convertirse en monstruo devastador… ¿cómo puede dejarse manejar tan dócilmente, doctor?

—Es sencillo: recuerde que sólo es un monstruo cuando se produce la mutación. Igual que en sus víctimas de endurecida piel. Mientras no se altera… es una mujer normal, sensible, temerosa…

Cuando se recupera, tiene miedo de lo que ve, de lo que ha hecho a otro ser… Quisiera no ser quien es. Pero no puede evitarlo, Garfield, ése es su horror, su tremenda tragedia…

—Pero, doctor, volvemos a lo mismo… ¿Qué clase de criatura espantosa es ella? ¿De dónde vino? ¿Del infierno, de otros mundos…? ¿Cómo se ha producido un hecho semejante, que va contra todas las leyes naturales?

—Eso me pregunto yo una y otra vez. También se lo preguntaba el doctor Laverick. Y no me sorprendería que se lo pregunte… incluso la propia Medusa.

—¿Por qué? ¿Es que ella… no lo sabrá?

—Puede que no lo sepa. Si es todo como imagino… ella es la primera sorprendida de sus demoníacos poderes.

—Pero… ¿por qué, doctor?

—Muy sencillo, Garfield: porque es muy posible que ella… ella sufra, sencillamente, UNA ENFERMEDAD. Una enfermedad espantosa, desconocida, surgida sólo sabe Dios de dónde… Mire: ahí tenemos ya la casa de Korvac. Dios quiera que lleguemos a tiempo…

Cuantas llamadas hicieron, resultaron completamente inútiles.

Garfield y Carter cambiaron una mirada de inteligencia. Luego, el policía extrajo su revólver reglamentario. Lo apoyó en la cerradura, y apretó el gatillo dos veces.

Dos estampidos atronadores, dos balazos a bocajarro, desprendieron madera y hierro, en informe amasijo. Un patadón franqueó el paso a los dos hombres.

Se hallaron dentro de la mansión de Korvac. Aparecía bien iluminada en sus salones, pero absoluta, totalmente silenciosa. Como si no hubiera nadie en ella. Sin embargo, ambos sabían que Korvac tenía internados, enfermos a su cuidado, enfermeros…

—¡Doctor Korvac! —voceó Carter—. ¡Responda, doctor! ¡Responda quien sea! ¿Es que no hay nadie en la casa?

El profundo silencio que acogió sus voces, mientras éstas rebotaban de muro en muro, en una sucesión de sordos ecos, fue la prueba más decisiva de que, ciertamente, nadie escuchaba sus llamadas o, cuando menos, nadie estaba en disposición de responder.

Carter enarboló su bastón por la contera, pensando en usar la

maciza empuñadura de plata, si se terciaba. Pero a su paso de dependencia en dependencia, nadie hizo acto de presencia, significando una amenaza. De ese modo, llegaron a un laboratorio repleto de ratas blancas, de útiles de experimentación, e incluso de algunos ingenios eléctricos rudimentarios, pero muy útiles.

Lo pasaron de largo, tras comprobar que nadie había en él, y así llegaron, finalmente, a una amplia estancia con camas destinadas a los pacientes de Korvac que, pretendidamente, rejuvenecían y sanaban de sus dolencias mentales.

Había seis camas. Y sólo cinco pacientes.

Una mirada de horror recorrió los lechos. Y a sus ocupantes, bajo las sábanas.

—Dios mío… —susurró roncamente Garfield—. ¿Ha visto esto?

Asintió Clay. Resultaba horrible. Cinco cuerpos grisáceos, endurecidos, rígidos, como si fuesen de piedra viva. Cinco cadáveres petrificados por la Gorgona. Todos ellos eran hombres, pacientes de edad avanzada, confiados en la magia curativa de su vejez, en manos de Korvac.

Todos con los cabellos erizados, el rostro convulso, los ojos desorbitados, con un gesto infinito de terror. La Gorgona había pasado por allí.

Más allá, encontraron al doctor Korvac. Y a *lady* Galway, la madre del joven aristócrata enfermizo. Su apariencia era tan espantosa como la de los demás. Ambos grises, petrificados, horripilantes sus rostros frente al caos delirante de la fealdad suprema de la mujer-Medusa…

—Cielos, también ella… Una mujer… —musitó Garfieid con voz rota.

—Sí. —Carter estudió a la anciana aristócrata muerta. Recordó el relato entrecortado de Lorna Doolittle, la visión del cadáver de la lesbiana Kathy Masón en el establo. Una idea fugaz pasó por su mente. Una teoría arriesgada asomó a su imaginación. Se volvió a Garfield. Le miró gravemente, hablando con lentitud—: Me temo… me temo que cometí un error desde el principio… Kathy Masón era lesbiana, sí… Pero ¿qué es nuestra Gorgona, constable? ¿No será completamente asexuada?

—¿No tiene sexo? Es mujer…, pero no le atrae nadie en particular, ¿no es eso?

—Algo así. Quizá sólo cuando se transforma en el monstruo… deja de ser mujer para convertirse en un ser asexuado o bisexual, no sé aún… Lo único cierto es que ahora ya podemos afirmar que en Sunderland peligran por igual hombres… y mujeres.

—Hay que hacer algo, doctor. Esa mujer debió llegar aquí, se rebeló contra ellos, acaso sedujo por la fuerza a Korvac, a *lady* Galway… y los petrificó, como a los pacientes… ¿Dónde estará ahora?

—No lo sé, pero la primera vez que vi a Doris Foster… estaba CERCA del Parador del Ciervo, y… —Los ojos de Carter se dilataron. Se estremeció, horrorizado—. ¡Cielos, Garfield, vamos allá, antes de que sea tarde! ¡Temo lo peor!

—¿A qué se refiere, doctor?

—Constable, una mujer puede estar ahora en gravísimo peligro… Si la Gorgona sospecha que yo conozco la verdad… intentará atacar donde más daño haga… ¡Vamos, Garfield! Dispare una bala en la cabeza a cada uno de estos desdichados… ¡y sígame! Yo voy camino de la población. No podemos perder tiempo…

La señora Doolittle miró preocupada a la planta alta, donde reposaba Lorna desde hacía bastantes horas. No había querido subir a vigilarla por miedo a interrumpir su sueño y que la muchacha pudiera volver a una de sus crisis, como la de aquella mañana.

Afuera, la noche seguía oscura, lluviosa y con un fuerte aire frío, procedente del mar, que hacía chirriar el cartel de hierro de la entrada, y golpeaba los postigos de puertas y ventanas en la empinada calle.

La luz del quinqué oscilaba a veces ligeramente, cuando el aire se filtraba por alguna rendija de la casa. Suspiró, estremeciéndose. Se incorporó, dispuesta a acostarse también ella, no sin antes ver cómo se encontraba Lorna.

Aquella noche, sin saber la razón, había empezado a sentir miedo. Le hubiera gustado que el joven doctor Carter estuviera allí para hacerles compañía a Lorna y a ella. El saberse sola con su sobrina enferma, le inquietaba y preocupaba más que nunca. Se dijo que había algo perverso, algo maligno, en la oscuridad inclemente de aquella noche.

Cuando se puso en pie para iniciar la retirada, se detuvo, con brusco sobresalto. Miró a las vidrieras emplomadas de la casa. El

viento producía mil y un ruidos indefinibles en plena noche, pero hubiera jurado que esta vez no era el viento el que producía aquél roce ligero en los cristales.

Aprensiva, miró más de cerca, sin ver a nadie en el exterior. Las débiles luces callejeras eran como simples reflejos amarillentos en la distancia. La señora Doolittle suspiró, dominando sus temores, empuñó el quinqué y se dispuso a subir las escaleras resueltamente.

De nuevo se produjo el roce en los cristales. Ella miró, alarmada, dando media vuelta. Ahora estaba bien segura. Era algo o alguien, no el aire, el que produjo ese sonido áspero, ese roce susurrante contra la vidriera.

—¿Quién está ahí? —preguntó con voz clara y potente, pese al temor que la invadía.

Nadie respondió. Pero una súbita sombra se agigantó en la vidriera, como si un enorme monstruo tomara forma allá fuera, recortándose en los cristales de colores. La señora Doolittle emitió un grito agudo, y acto seguido los vidrios se hicieron añicos con súbito estrépito.

El alarido de terror de la señora Doolittle coincidió con el salto hacia el interior, a través del hueco abierto en la vidriera, de un cuerpo humano envuelto en una amplia capa negra.

El quinqué rodó por el suelo, apagándose, y la oscuridad se enseñoreó de la casa, justo cuando la tía de Lorna se enfrentaba a la criatura desconocida, surgida de las sombras de la noche.

—Por el amor de Dios, no grite más… —jadeó una voz trémula, estremecida—. No lo haga, se lo ruego… Me… me persiguen… Si me dan alcance… moriré… Moriré del modo más horrible que pudiera imaginar…

—¿Quién… quién es usted? —musitó la mujer, llena de verdadero pánico, esforzándose por hallar fósforos en la oscuridad, tanteando la repisa del hogar.

—Usted me conoce, pero eso importa poco —siseó la voz—. Lo terrible es eso… lo que viene tras de mí para aniquilarme… ¡Es lo más espantoso que jamás ha existido! Si usted… si usted lo viera…

Al fin, los dedos temblorosos de la mujer alcanzaron la caja de fósforos. Ardió repentinamente uno, en la mano de la señora Doolittle, alumbrando a la persona que penetrara de tal modo en su casa.

La débil luz descubrió un rostro lívido, bajo la capa chorreante de agua, lo mismo que los cabellos de la mujer. La tía de Lorna reconoció enseguida a su interlocutora:

—¡Cielos! ¡Usted! —murmuró—. ¡Doris Foster!

—Sí —le miró fijamente la rubia joven—. Soy Doris Foster… Tiene que ayudarme a huir… Me… me persigue…

—Pero… ¿quién la persigue? —Tembló la dama.

—Ella… La… la Gorgona…

Y en ese momento, una carcajada espeluznante erizó los cabellos de ambas mujeres. Se volvieron. La llama del fósforo se extinguió una vez más. En la oscuridad, se captó un jadeo, la presencia de algo o alguien, acaso un animal, acaso un monstruo… Unos ojos amarillos y fosforescentes bailotearon en la oscuridad…

—¡La Gorgona! —chilló la voz de Doris Foster en alguna parte —. ¡Está aquí…!

La carcajada demoníaca se repitió en las tinieblas…

Luego, todo fue muy rápido.

Una forma humana se precipitó hacia el punto donde sonara la voz de la rubia Doris. Un bulto informe cayó sobre ella, acogido por un grito de pavor de la joven. La señora Doolittle, despavorida, se limitó a trompicar entre las mesas, intentando huir. De su boca, brotaban sonidos inarticulados ahora, que ni siquiera podían llegar a ser gritos.

Repentinamente, en el hueco de la vidriera, brilló la luz de una potente lámpara, iluminando el interior de la fonda. A su claridad, alguien bramó, elevando hacia el punto de origen de esa luz una cabeza dantesca, increíble…

Mudo de horror, Garfield no supo qué hacer. A su lado, el doctor Carter le apremió con viveza:

—¡Dispare, por Dios, dispare! ¡A la cabeza, Garfield! ¡No hay otro remedio…!

Y Garfield, cuando una monstruosa boca por la que brotaban gusanos babeantes iba a aplicar un beso apocalíptico al rostro demudado de Doris Foster…, logró apretar el gatillo de su arma.

La bala alcanzó una cabeza erizada de cabellos que no eran tales, sino gusanos, larvas viscosas en movimiento constante, culebreando en torno a un rostro de pesadilla, hecho de putrefacción, de costras y pus, de hediondez y de sangre…

Una nueva Gorgona, mil veces más espantosa y aterradora que la legendaria de los mitos antiguos.

La bala, penetrando en su cráneo, terminó con la pesadilla. La criatura monstruosa emitió un berrido inhumano, soltó a Doris Foster, y cavó hacia atrás, dando volteretas por el suelo, como una bestia herida de muerte.

Doris Foster, de rodillas, mortalmente pálida, se volvió para mirar a los recién llegados. Garfield vaciló, buscando con su mirada a Carter.

—¡Doris Foster, doctor! ¡Es ella! Pero entonces… ¿quién era la Gorgona?

—Creo, constable, que equivoqué su identidad. Todos cometieron igual error. No era Doris Foster. Estaba aquí, en Sunderland, pero no era ella… Incluso el doctor Laverick se equivocó… Era LORNA DOOLITTLE, LA DUEÑA DE ESTE PARADOR… ¿No ve su rostro, Garfield? Ahora se la va reconociendo ya…

Era cierto. La muerte serenaba las facciones de la Medusa, alteraba su espantosa mutación, devolviéndole su verdadera fisonomía de ser humano, de mujer dulce y atractiva…

Lorna, la sobrina de la señora Doolittle… Ésta, al advertirlo, exhaló un grito ronco. Y se desvaneció.

—«*Lorna Doolittle estuvo hace seis meses en Londres, viviendo en una fonda. Firmado: Superintendente Chapman, de Scotland Yard*»… —suspiró Carter, tirando a un lado el telegrama recién llegado. Vio pasar a Garfield con Devereux, arrestado. Se clausuraba su lupanar. Las chicas de Devereux eran libres. Lord Galway, enlutado ya, esperaba a Vicky Dowling. Allá él, pensó Carter. Quizá prefería vivir feliz un año, en vez de cinco o seis en soledad. Vicky sería, cuando menos, un delicioso y ardiente veneno para su quebradiza salud.

Doris Foster le miró largamente, con tristeza.

—Y llegaste a pensar que era yo… —murmuró.

—Lo siento, Doris. Todos lo pensamos. Nadie imaginó a esa chica, Lorna… Y sin embargo, podía ser cualquiera. Era una enfermedad, realmente. Una extraña dolencia increíble. Dice la señora Doolittle que, siendo niña, sus padres practicaron satanismo y cosas así. Puede que el propio diablo escogiera a la criatura inocente para engendrar un horror… Nunca lo sabremos, Doris. La

Ciencia no acepta explicaciones así. Pero no hay otra…

—De modo que su crisis fue… al comprender… quién era ella… y lo que hacía…

—Sí. Era asexuada, estando en mutación. Recordó lo de la señora Mason y sufrió esa crisis… Imagino lo que sentiríais al verla aparecer en casa de Korvac, dispuesta a exterminar a todos los que querían jugar con su horrible dolencia… Ni siquiera mis sedantes podían reducir al monstruo que llevaba dentro… y que por fortuna ya no existe…

—¿Y ahora, Clay? ¿Vas a seguir aquí, en Sunderland?

—No. He pedido una plaza para otro lugar más agradable. Éste me traería malos recuerdos…

—¿Lorna?

—Sería uno de ellos, Doris. Pero no llegué a sentir nada especial por ella, salvo una cierta atracción… que quizás era influjo demoníaco solamente. Por ti… es diferente.

—Clay… Apenas me conoces. Y mi pasado no es el más agradable, aunque apenas si he llegado a conocer esa horrible forma de vida que…

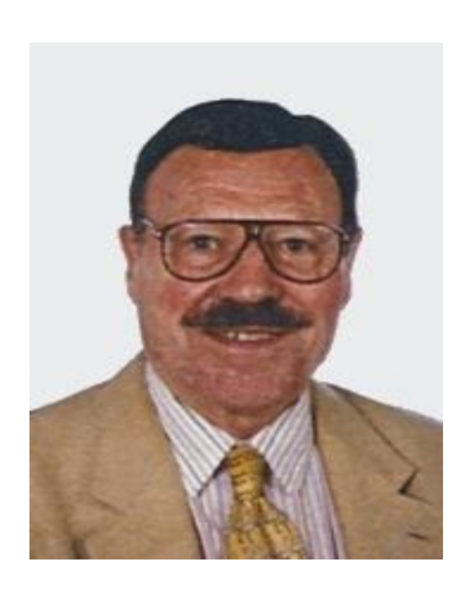
—Calla —le pidió Clay—. Vas a ser mi enfermera en el sitio adonde vaya. Eso nos dará tiempo a discutir el asunto largamente, ¿no te parece, Doris?

—Sí —los ojos de ella brillaron—. Me gustará discutirlo contigo, Clay…

—Entonces, todo de acuerdo —se inclinó y la besó suavemente —. Pero no esperes convencerme a mí. Quizás sea yo quien te convenza… y te haga la futura señora Carter…

—¡Ojalá, Clay, ojalá…! —suspiró ella.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste; es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, *Sexy Cat* y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Greek Street: Calle Griega. Como se sabe, «El Jardín de las Hespérides» es un lugar mitológico griego, cuyo significado real se verá más adelante en este relato. <<